héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

LA MUERTE ES DE METAL

LEM RYAN



SOLO PARA ADULTOS

LEM RYAN
LA MUERTE ES DE METAL

CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó bruscamente, sin que ninguno de nosotros pudiera siquiera preverlo.

Allí, en la Base Central de Plutón, comenzó lo que más tarde se convertiría en una guerra a muerte, sin cuartel, entre la todavía joven humanidad y… los invasores.

No supimos qué era lo que nos iba a destruir. Era lógico, pues, que en nuestros rostros, los rostros de quinientos hombres y mujeres, se reflejara la incredulidad cuando, en toda la Base, parpadearon las luces rojas de alarma. Incluso llegamos a pensar que se trataría de una prueba de ataque falso. En la Base se hacían ese tipo de pruebas para la capacitación del personal, no sólo militar, sino también, y sobre todo, científico, que había en ella. Pero no pasaban de ser eso: simples simulacros efectuados con hastío debido a que pensábamos que todo aquello era inútil. ¿Para qué necesitábamos falsas maniobras de combate si, en el siglo XXII, se habían desterrado ya las guerras en todo el Sistema Solar y no había enemigos contra los que combatir, por lo que el ejército estaba en peligro de desaparecer? Lo que no sabíamos es que «ellos» estaban allí, demasiado cerca y que la muerte caía hacia nosotros desde el cielo tachonado de estrellas. Ellas serían las únicas que contemplarían la destrucción de la Base y de los seres humanos que allí trabajaban. Ellas… y unos pocos supervivientes.

* * *

La angustia se apoderó de mí al contemplar el humeante cráter lleno de materiales fundidos que antes, momentos antes, fuera la Base Central de Plutón. Una lágrima rodó por mis mejillas, invisible tras el casco que me aislaba del inhóspito ambiente de Plutón. Perdí muchos amigos aquel día de muerte en la Base Central. La mayoría de ellos habrían perecido desintegrados en aquel infierno de

metales, plásticos y vidrios fundidos.

De quinientas personas sólo quedábamos vivos diez hombres.

Diez hombres llenos de dolor ante lo que nuestros ojos veían. Diez hombres que apretábamos las mandíbulas hasta rechinar nuestros dientes, dominados por la rabia propia de la impotencia.

Miré hacia arriba, hacia las estrellas que brillaban, claras y nítidas, sin atmósfera que las enturbiase. No recuerdo si mis labios llegaron a moverse o sólo fue un pensamiento, pero lo cierto es que pregunté:

—¿Por qué?

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba. Allí, por lo menos, no la hallaría.

Mis ojos se dirigieron, luego, hacia los hombres que estaban junto a mí, mirando todos ellos hacia el cráter artificial que se había convertido en un horrible cementerio. Y en especial miré a Greg, en pie sobre la helada superficie de Plutón. Su rostro, tras el casco, no revelaba emoción alguna. Era como si asistiese, frío e impasible, a la catástrofe. Pero yo sabía cuán duro fue el golpe que recibió al contemplar la total destrucción de la Base, en la que su padre ejercía el mando como Comandante en Jefe.

Ahora, su padre estaba muerto. Su cadáver, desintegrado, evaporado por las infernales temperaturas allí reinantes.

Todos los hombres y mujeres que allí trabajaban murieron de igual modo. De ellos ya no quedaba ni rastro. Sólo el recuerdo de que una vez estuvieron vivos. Igual sucedía con la Base Central.

Sólo quedábamos nosotros como testimonios vivientes de lo acontecido aquel día. Sólo nosotros habíamos quedado a salvo al intentar defender la Base contra un ataque que sabíamos a ciencia cierta que no podríamos detener.

Por mi mente desfilaron, rápidas, las imágenes y sensaciones vividas durante el desastre.

* * *

La primera señal de ataque la dio la alarma.

Unas luces rojas situadas en las paredes empezaron a brillar como enloquecidas, y en el ambiente se captó el característico ulular de una sirena. El significado de ambas señales era bien conocido por todos: había sido detectada una fuente de peligro que se acercaba hacia la Base.

Cuando oí el agónico sonido de la sirena y contemplé los rojos parpadeos de las paredes, me sobresalté. Hubo muchos de los que se encontraban en el amplio restaurante de la Base, como yo, que hicieron lo mismo. Por instinto, se pusieron en pie. La mayoría hizo ademán de marcharse, pero se detuvieron antes de comenzar a andar. Dudaban. Seguramente pensaban que se trataría de una falsa alarma.

Fue ése el pensamiento general. Incluso el mío propio. Por eso, continuaron con sus quehaceres, como si nada pasase.

También yo estuve tentado de quedarme, pero era hombre muy apegado a la disciplina militar, de los que pensaban que, sin ella, de poco hubiera servido nunca el Ejército, nuestro ya moribundo Ejército. Así que me levanté y, resuelto, eché a correr hacia mi puesto de combate. Hubo muchas cabezas que se volvieron para mirarme. Lo más probable es que pensasen que estaba loco.

Corrí rápidamente hacia el hangar, mi puesto de combate, mientras, sin demora, la Alerta Roja daba órdenes a todos mis subordinados para que obedecieran mediante mi Crono-transmisor de pulsera.

Cuando llegué al hangar, donde se encontraban los cazas estelares de combate que yo capitaneaba, sólo hallé a tres de mis hombres junto a ellos, ya ataviados con los trajes de combate y los cascos en la mano. Entre ellos se hallaba el hijo del Comandante de la Base y mi segundo: Greg Styler. Al llegar, se cuadraron y me saludaron militarmente.

Sin esperar ni un segundo, me coloqué mi traje de capitán de la flotilla de cazas de la Base y aguardé la llegada del resto de mis hombres. Al colocarme junto a él, Greg me preguntó:

—¿Qué sucede, capitán?

No supe qué contestar a su pregunta, pues ni yo mismo sabía la respuesta, así que le dije:

—No lo sé. Es posible que se trate de una prueba pero... lo dudo.

—Yo también —temió él—. He comprobado el tiempo transcurrido desde el comienzo de la alarma y, si se tratase de una prueba, habría terminado hace aproximadamente un minuto —consultó su Crono-transmisor y continuó—. Además, mi padre no me dijo nada respecto a una prueba de Alerta Roja para hoy.

Yo sabía que el muchacho gozaba de la confianza de su padre

por lo que no dudé de su palabra. Por tanto, aquello era real, absolutamente real. Me di cuenta entonces de que allí estaban todos mis hombres y, sin pensarlo dos veces, ordené:

—A los cazas.

Y fue entonces, justamente entonces, cuando empezó la catástrofe.

Se oyó el sonido de una atronadora explosión no muy lejos del hangar, y el suelo comenzó a temblar como si aquello fuese el apocalíptico centro de un terremoto de gran magnitud.

Hubo una segunda explosión antes de que reaccionásemos y empezaron a caer pedazos de metal del techo. No esperamos más. Comenzamos a correr hacia los cazas. Tambaleándonos por el temblor de tierra.

Segundos después, estábamos sentados delante del tablero de mandos de nuestra nave. Mientras Greg inspeccionaba el buen funcionamiento de todo, desempotré el volante y accioné el motor antigravedad.

La nave comenzó a elevarse verticalmente gracias al poder de la antigravedad y, luego, tras pulsar unos botones, se encendieron los tres motores impulsores. De las toberas, situadas como los vértices de un triángulo, salieron tres brillantes chorros de fuego, y la nave partió hacia adelante, rumbo a la puerta del hangar que Greg abrió mediante una señal de radio.

Mientras salíamos hacia la desolación del exterior de la Base, hubo varias explosiones que desequilibraron a algunas de las macro-naves que había allí, cayendo éstas con horrísono estrépito, destruyendo a las que encontraban en su camino de caída y causando numerosos incendios.

Segundos después, contemplábamos el desolado paisaje de Plutón y, lo que es más importante, quién nos atacaba. Aunque debería decir lo que nos atacaba. Porque, con estupor, vimos las plateadas y alargadas figuras que caían como relámpagos desde el cielo, hacia la Base.

Parecía una hermosa y singular lluvia de plata. Sólo que las «gotas» no eran otra cosa que misiles. Unos misiles de gran poder destructor que impactaban contra el acero de la Base y estallaban lanzando miríadas de luz.

Curioso, no pude evitar mirar hacia arriba, al centro de la lluvia

de misiles; y lo que vi me dejó anonadado.

En la distancia se distinguía, rodeado por cientos de aquellos plateados misiles, una gigantesca esfera de material transparente, en cuyo centro había un complejo y extraño artefacto. La singular esfera caía con suavidad, mientras los cohetes pasaban raudos a su alrededor sin colisionar con ella. Sin duda alguna, la esfera tenía un importante papel en aquel ataque traicionero.

Abriendo el canal de transmisión del caza, ordené a mis hombres:

—Objetivo principal a 150 metros sobre la Base.

En el momento en que las seis naves que formaban mi escuadra se lanzaban hacia la esfera, la Base replicaba a los atacantes con los lásers.

Nos hallábamos lo suficiente cerca como para disparar nuestras armas con certeza cuando, como si el metal conque estaban construidos nuestros cazas les hubiesen atraído, varios de los cilindros plateados se desviaron de su marcha y se dirigieron hacia nosotros.

Giré bruscamente y uno de aquellos mecanismos de muerte pasó rozando la estructura metálica del caza y siguió su camino hacia otra de las naves. Vi con impotencia cómo el misil, que décimas de segundo antes había esquivado, se acercaba con fulgurante rapidez hacia el otro caza, que tripulaban dos de mis hombres.

Poco pude hacer yo por ellos, excepto mirar con terror su muerte en forma de estruendosa explosión. Cuando el fulgor desapareció, lo único que quedaba del formidable caza estelar y de sus no menos formidables pilotos, eran unos pedazos de ígneo metal que caían a la helada superficie de Plutón, enfriándose con rapidez.

Agarrando con furia el volante, juré que aquellas muertes no serían estériles y me dispuse a disparar. Fue entonces cuando una luz en mi tablero de mandos tintineó. Alguien pedía establecer comunicación conmigo.

Cuando abrí el canal, en la pantalla apareció el rostro agradable del Comandante de la Base, Robert Styler. Pero había algo no habitual en su rostro. Estaba pálido, blanco como los hielos que cubrían las áridas extensiones de Plutón.

—¿Capitán Walter? —preguntó.

—A sus órdenes, comandante —contesté.

—¿Está mi hijo con usted?

—Así es.

—Capitán —comenzó, con tono grave—, quiero que acate mi siguiente orden con exactitud y sin demora. ¿Lo hará?

—No tengo otro remedio, señor —sonreí, pese a lo tenso de la situación—. Es usted mi comandante.

—Sé que me obedecerá. Quiero que desobedezca la Alerta Roja y huya —dijo de sopetón. A mi lado, Greg, seguramente, no podía creer lo que acababa de oír.

—No podemos hacer eso, mi comandante —protesté.

—Es vital que alguien avise a la Tierra del ataque. Las antenas de transmisión de la Base están destruidas y no podemos emitir.

—Pero... ¿qué será de ustedes?

—Nos defenderemos con nuestras propias armas. Todo lo que vosotros podáis hacer, lo hacen mejor nuestros cañones. Sería inútil que os sacrificaseis.

Yo sabía que tenía razón en todas sus palabras. No podía discutir su orden.

—¿Lo hará, capitán? —oí que decía.

Tardé bastante rato en contestar. En mi alma batallaban dos ideales contrapuestos. Aceptar uno representaba eliminar el otro. Como ser humano que era, no podía abandonar a su suerte a unos semejantes. Mis sentimientos me lo impedían. Pero también era militar y debía considerar mis decisiones de manera fría, impersonal, y obedecer a mis superiores.

Todo lo que había dicho el comandante Styler era cierto, y su orden estaba llena de lógica.

Mis hombres esperaban mi orden. De mi decisión dependía todo.

—Lo haré —afirmé.

—Sabía que ésa sería su respuesta. Greg, si... si algo malo pasara... no le eches la culpa a él. Ni intentes persuadirle de que se quede. Obedece mi orden, es todo lo que te pido.

—Sí, padre —afirmó.

Segundos después, las cinco naves a mi mando se dirigían hacia el otro hemisferio de Plutón.

Justo en ese momento, la esfera transparente tocaba la Base.

De repente, la eterna oscuridad reinante en el noveno planeta del Sol, se disolvió, transformándose en pura y cegadora luz.

Pareció como si naciera una estrella sobre la superficie plutoniana.

Jamás olvidé aquel relámpago de muerte que conmovió todo el planeta. Dio la sensación de que el pequeño astro, cuyo nombre provenía del mitológico Señor de las Tinieblas clásico, iba a desgajarse, separándose en pequeños fragmentos que vagarían por los espacios, por toda la eternidad. Pero no ocurrió así. Plutón resistió.

* * *

De esa manera, fue destruida la Base Central de Plutón. Y lo mismo sucedió con los quinientos seres humanos que trabajaban allí.

Poco a poco, el metal derretido que momentos antes era la Base se iba enfriando ante nuestros ojos por las bajísimas temperaturas del planeta.

El poder térmico de aquel diabólico artefacto había sido tremendo. Incluso en los cazas sentimos la oleada de calor. Y no sólo se desintegró la Base. En cientos de millas alrededor de ella, los hielos eternos que cubrían el planeta habían desaparecido evaporados.

Todavía llegaba el intenso calor hasta nosotros cuando emprendimos la marcha hacia los cazas, situados detrás nuestro. Gracias a ellos, no perecimos nosotros también.

Momentos después... estábamos volando.

Nos dirigíamos en busca de las Bases Meridionales, para establecer contacto desde alguna de ellas con la Tierra.

Pero la Muerte viaja mucho más rápido que el más potente medio de transporte fabricado por el hombre y es poco el tiempo que necesita para destruir cuanto se pone en su camino. Ni siquiera en Plutón se estaba a salvo de ella. Su afilada guadaña llega hasta los más remotos confines del Cosmos.

* * *

—Todo... destruido —balbuceé apenas, apesadumbrado.

—Sí, capitán —afirmó Greg, a mi lado—. Probablemente, la causa de la destrucción fueron los seísmos provocados por aquella extraña bomba ultra-térmica.

Miré a través del cristal, hacia el exterior. Allí, sobre la superficie de una penillanura bastante elevada, estaban los restos de la Base Meridional Cinco.

—Vamos a inspeccionar entre los escombros en busca de algún posible superviviente —ordené a las demás naves.

Greg se volvió hacia mí y me dijo:

—Es poco probable que haya supervivientes.

—Lo sé. Es poco probable, pero no imposible.

Tomamos tierra al lado de la destruida Base y saltamos al exterior, dirigiéndonos hacia los restos, buscando algún signo de vida entre las ruinas.

La Base estaba destruida hasta los cimientos. Máquinas, cristales, paredes de metal, vigas…, aparecían destrozadas. Todo se montaba encima de todo, en el desorden clásico de la destrucción. Incluso hallamos numerosos cadáveres entre los escombros, sepultados bajo las paredes y vigas metálicas, o bien atravesados por afilados trozos de metal parecidos a lanzas.

Abrí el canal de recepción de mi casco y seguí avanzando entre las ruinas en que se había convertido la Base Meridional, apartando escombros metálicos y esquivando los afilados bordes de las resquebrajadas paredes, capaces de atravesar mi atuendo de combate, que me aislaba del inhóspito ambiente plutoniano.

No hallé nada.

Sólo cadáveres de ambos sexos enterrados en aquella tumba de metal.

Fue entonces cuando oí la voz de uno de mis hombres a través de la radio del casco.

—Capitán, hemos encontrado un superviviente. Es una mujer y está muy asustada.

—¿Dónde estáis? —pregunté.

—En el hangar —me respondió.

Me dirigí hacia allí con rapidez. Conocía el camino, pues todas las bases de Plutón estaban construidas con similitud, aunque la Central era más grande que las Meridionales.

Pronto llegué al también destruido hangar. Vehículos y naves allí colocados aparecían tumbados y destrozados. Si aquello no ardió, se debió a la carencia de atmósfera. Milagrosamente, algunas naves aparecían en pie e intactas.

Una de esas naves era un caza estelar de combate, junto al cual estaban dos de mis hombres y otra persona ataviada con un traje igual al mío, pero con formas inconfundibles de mujer, pese a lo

holgado del traje.

Me puse ante ella y la miré. Tras el oscuro cristal del casco poco se adivinaba pero, de todas formas, me pareció hermosa. Y, evidentemente, estaba asustada, como aclaró su voz al preguntar:

—¿Es usted el capitán de este escuadrón? —su voz sonaba temblorosa, como si temiera que dijera que no, que yo era uno de los que promovieron la destrucción de la Base Central.

—Capitán Jonathan Walter, Jefe del Escuadrón de Defensa Aérea de la Base Central —me presenté—. ¿Y usted?

—Capitán Jean Darrel, Jefe del Escuadrón de Defensa Aérea de la Base Meridional Cinco —contestó, más tranquila.

—¿Qué sucedió en la Base, capitán? —pregunté seguidamente. Y aquella pregunta pareció causarle más daño que una bofetada porque, sin previo aviso, prorrumpió en desconsolado llanto.

No sabía la razón por la cual lloraba, pero estuve seguro de que no estaba en condiciones de responderme, por lo que opté por dejarla tranquila.

Minutos más tarde, había dejado de llorar, pero continuaba demasiado abatida para avivar el recuerdo. A pesar de ello, se mostró de acuerdo cuando le dije que lo más conveniente era marchar de allí.

Montó en su caza y levantó el vuelo con los motores antigravedad mientras nos decía por radio que nos esperaría examinando la zona. Parecía más tranquila.

Nosotros volvimos al sitio donde dejamos las naves. Mientras llegábamos di órdenes a seis de mis hombres para que fuesen a las restantes Bases Meridionales, comprobasen su destrucción y rescatasen a los posibles supervivientes, mientras que los cuatro que quedábamos nos dirigíamos a la Base terrestre más cercana a Plutón, situada en la órbita de Neptuno.

Escasos minutos después, las dos naves de mi escuadrón y la de la capitán Darrel abandonábamos la órbita de Plutón. Con los motores a toda potencia, casi alcanzábamos la velocidad de la luz.

Durante el viaje, la capitán Darrel estuvo dispuesta a responder a mi anterior pregunta.

Según ella, la Base Meridional Cinco detectó el peligro que se cernía sobre la Base Central y se puso en Alerta Roja. Como anteriormente sucediera con la Base Central, el hastío y la rutina

dominaban en aquella Base por lo que, rompiendo con la monotonía, todos desobedecieron la Alerta. De los doce miembros que integraban su escuadrón sólo ella se presentó en su puesto de combate. Después, se derrumbó todo a su alrededor. Sin duda, debido a la bomba ultra-térmica que destruyó la Base Central.

El dolor que atenazaba su alma se debía a que, seguramente, su marido también habría perecido.

* * *

El comandante del Centro de Investigación Espacial de Neptuno, John Cliver, me miró fijamente. Su mirada se parecía demasiado a la de los científicos cuando contemplan algún fenómeno con el que no contaban. Aquella inquisidora fijeza logró, a la larga, ponerme nervioso.

Me contemplaba desde detrás de su mesa-tablero de control con aquella escalofriante mirada. En su mano derecha estaba el casete audiovisual que contenía mi informe y que él estuvo escuchando momentos antes. En la cinta estaba grabado todo cuanto yo sabía respecto a la destrucción de las Bases de Plutón y las imágenes tomadas por el computador de mi caza.

—Capitán Walter —habló por fin—, he mandado a la Tierra una copia de su informe para que sea examinado por el Gobierno Central. Asimismo, he enviado una escuadrilla de cazas estelares para que informen de la veracidad de su testimonio.

—Sólo encontrarán los restos destruidos de las Bases.

—Si es así, tendremos que declarar la guerra a nuestros desconocidos agresores.

—Yo creo que la guerra ya nos la han declarado ellos por alguna razón que desconozco.

—Tengo que decirle algo más: he recibido orden de cursar su nuevo destino.

—¿Adónde?

—A la Base Orbital de Júpiter —me respondió.

* * *

Aquellos desconocidos invasores que días antes destruyeron las Bases de Plutón, no se dejaron ver durante cierto tiempo. El suficiente como para que la Humanidad se confiase y llegase a pensar que, quizá, después de todo, no habían sido alienígenas los que provocaron tal catástrofe. Muchos servicios informativos

llegaron a decir, incluso, que era posible que la destrucción de las Bases se debiera a un accidente.

—Un fallo en una computadora, un botón pulsado sin querer ha podido ser la causa de tan desdichado accidente. El gran armamento bélico que allí había hizo el resto —comentó un periodista.

Accidente.

Sí, eso es lo que pensaban que había sido: un accidente.

O, quizá, lo único que se pretendía era evitar la propagación del pánico.

En cualquier caso, lo cierto es que, temporalmente, la Humanidad dejó de pensar en invasores extraterrestres como causantes de la tragedia.

«Se darán cuenta demasiado tarde», pensé. Y no sabía las verdades que había en mis pensamientos.

La Parca elige cuidadosamente el tejido para hilar como ella desea. Sólo los que vivimos de cerca aquella destrucción, los que sentimos los estertores de muerte de cientos de seres humanos, nos acordábamos de aquel maldito 2 de setiembre del 2192.

Pero cuando, en el mismo día, fueron destruidas las Bases de Neptuno, Urano y Saturno, la especie humana abrió los ojos para encontrarse con el más puro horror.

Fue entonces cuando oyeron los gritos de advertencia que nosotros, los once supervivientes de Plutón, dimos cuando avisamos de la invasión.

Igual que aquel día 2 resultó ser el 10. Muchas vidas fueron segadas en espantosa recolecta por la Torva Segadora. Y muchas vidas quedaban por segar.

La Muerte debió quedar satisfecha aquel día; pero no quedó. Ni siquiera por todas las muertes de aquel año 2192 de la Era Cristiana.

CAPÍTULO II

La destrucción en los tres planetas se hizo con asombrosa rapidez y precisión, lo cual dejaba clara la preparación militar de nuestros enemigos. Aparte de eso, poco más sabíamos de ellos.

En la Base Orbital de Júpiter captamos los ya clásicos May Day de los atacados.

* * *

Por segunda vez en aquel mes de setiembre, oía el plañido de la alarma. Igual que en la Base Central de Plutón. Sólo que en esta ocasión, la reacción del personal fue diferente.

Hombres y mujeres corrían de un lado para otro hacia sus puestos. Era evidente que lo ocurrido en Plutón sirvió de lección.

Fue entonces cuando la voz del comandante de la Base se oyó pidiendo al escuadrón de cazas estelares que se hallaba bajo mi mando, que partiéramos hacia Saturno para ayudar a aquellas Bases en su defensa.

Salimos pronto, pilotando una veintena de cazas, al frente de los cuales estaba el mío. A mi lado se hallaba Carter Mayer, un joven moreno y delgado al que una computadora eligió como mi segundo después de que Greg marchase a la Tierra por «asuntos militares de alto secreto».

Los cazas tipo «War's Hawk» que pilotábamos iban a máxima velocidad, surcando el espacio con la misma facilidad con que siglos antes se cruzaba la atmósfera terrestre con las primeras aeronaves que tuvieron el nombre de «cazas».

Poco después vimos de cerca el planeta Saturno y, cuando nos hallábamos dentro de su zona de gravedad y a poca distancia del suelo..., las Bases, o lo que quedaba de ellas.

* * *

Fue una agradable sorpresa.

Yo no esperaba, y menos en aquellos días de tensión, unas vacaciones. Sin embargo, encontré la recomendación de mis superiores y todos los papeles en regla.

Tras las destrucciones en los tres planetas, no tuve ningún momento de descanso. Los horrores contemplados contribuyeron a un estado de nerviosismo constante que, a la larga, podían hacer mella en mi sistema nervioso. Esas fueron las razones que esgrimieron mis superiores para retirarme temporalmente del servicio activo.

Pero, por increíble que parezca, había algo que no veía claro. Y en ese momento no supe lo que era. Quizá una corazonada...

* * *

La Tierra.

La gente no se da cuenta de lo mucho que se puede llegar a añorarla, hasta que se halla a millones de kilómetros de su azulada superficie, en la eterna negrura del espacio. Es entonces cuando uno se da cuenta del verdadero significado de la palabra hogar.

Eso me pasaba a mí. Cuando estaba en el espacio, entre maravillas sin cuento, que muchos hombres darían su vida por ver, yo sólo pensaba en el día en que volvería a mi mundo y podría tumbarme sobre la verde hierba y contemplar el brillante azul de su cielo y el discurrir de las mutantes nubes empujadas por los vientos.

Y allí estaba, cumpliendo mis propios deseos, alejado mentalmente de los misterios de un espacio que, de repente, parecía aún más misterioso y siniestro, relajado por completo.

Lo único que quería era vivir.

Fueron unos días muy agradables, sólo amenazados por una nueva y trágica noticia: la Base Orbital de Júpiter, donde sólo unos días antes yo estaba de servicio, había sucumbido ante el ataque de la escoria asesina que surgió de sólo Dios sabe donde.

Ya estaban más cercanos sus ataques. Y pocos eran los obstáculos hasta la Tierra.

El miedo comenzó a extenderse con la virulencia y rapidez que siempre le ha sido característica sobre la superficie de la Tierra, y se alojó en todos los pechos humanos, provocando numerosas explosiones de histeria y violencia.

Mientras, yo decidía reincorporarme al servicio, pues consideraba injusto que los demás muriesen mientras yo disfrutaba

con mis vacaciones. Envié mi solicitud al Gobierno Militar y esperé la respuesta con ansia.

Dos días más tarde, recibía la visita de mi ex segundo Greg Styler, con flamante uniforme y galones de capitán.

—Vaya, subes muy rápido —exclamé jovialmente, contento de volver a ver a mi antiguo compañero.

—Psé, uno, que se lo merece —bromeó él.

Me dijo que su subida de rango se debía a una importante misión en la que yo también podía participar.

—Es voluntaria —me informó—. Podrás negarte, si quieres, dada su peligrosidad. Pero estoy convencido de que aceptarás.

Al pedirle más detalles, se negó a dármelos, diciéndome que era Top Secret y que para informarme debíamos trasladarnos a otro lugar más adecuado.

—¿Más adecuado? —dudé.

—Ya lo entenderás —sonrió enigmáticamente, dando por terminada la cuestión—. Para ello, sólo debes acompañarme.

Le seguí, profundamente intrigado, entrando en su vehículo biplaza, que, momentos más tarde, se deslizó por las pistas interurbanas a respetable velocidad, conducido por la experta mano de mi amigo y compañero.

No tardamos mucho tiempo en salir de la ciudad, adentrándonos en las pistas que cruzan las solitarias campiñas de Neópolis, la antaño llamada París.

Recorrimos varios cientos de millas en escaso tiempo, en dirección sur, llegando a unas edificaciones gubernamentales cercanas a un pequeño bosque.

A simple vista, sólo parecían una serie de instalaciones amuralladas muy parecidas a unos laboratorios de experimentación, con soldados de guardia armados hasta los dientes.

Al llegar, los soldados nos obligaron a parar y mostrar nuestros documentos, permitiéndonos, después, entrar a través de la metálica puerta de doble hoja, abierta electrónicamente desde el interior.

—¿Dónde estamos? —pregunté al fin, mientras bajábamos del vehículo.

—Este es uno de los centros de control del «Proyecto Argos» —el VI, concretamente. Como bien sabes ese proyecto tiene como misión

la vigilancia espacial, la detección de cualquier anomalía en el espacio. Como Argos, los satélites e ingenios electrónicos que forman parte del «Proyecto», pueden verlo todo gracias a sus «cien ojos». Pues bien, una de nuestras estaciones espaciales ha captado algo de sumo interés, muy relacionado con las destrucciones provocadas por «los invasores», como ya se les empieza a llamar.

—¿Qué…? —quise saber.

—Ese es el secreto. Y aquí empieza nuestra misión, con lo que han detectado las estaciones espaciales.

—Acepto —exclamé, impulsivo, deseoso de saber más—. Si hay una oportunidad de ser algo más que víctimas pasivas de esos asesinos, no quiero perdérmela.

—Por supuesto que hay esa oportunidad. Y todos debemos aprovecharla. Sabía que aceptarías.

—Pero faltan los detalles —le recordé.

—Hay alguien más indicado que yo para darte más información: Shin Gatame, astrónomo con fama mundial que trabaja en el proyecto.

* * *

Hasta hace poco no sabía que «Shin», en japonés, significa «verdad». Pero debí haberlo sospechado nada más ver ante mí el rostro del sonriente y apacible astrónomo, con sus almendrados ojos fijos en mí, con algo parecido al afecto.

Habló durante largo rato en un impecable inglés sobre las fotografías tomadas por los sensibles espectrógrafos de la estación «Star Hawk», que revelaban la presencia de un cuerpo de gran tamaño —igual que la Luna, aproximadamente— desplazándose a «match-30» cerca de Próxima Centauri. Según los análisis espectrográficos, el susodicho objeto estaba compuesto casi en un 94,62 % por hierro.

—¿Una nave? —afirmé más que pregunté.

—Es muy posible —respondió el astrónomo—. Y estando toda la Humanidad en situación de Alerta Roja debido al inminente peligro, no debemos desaprovechar lo que puede ser una pista.

—Por eso ha nacido la «Misión Ragnarock» —intervino Greg— que, como su propio nombre indica, tiene como objeto evitar el Apocalipsis, el «Ragnarock» de la Humanidad.

—«Misión Ragnarock»… —recordé de repente el antiguo mito

nórdico y asentí—. Supongo que antes o después debo enterarme de todo, ¿Por qué no ahora?

Greg cogió una botella de licor y sirvió unas copas, mientras explicaba:

—La «Misión Ragnarock» pretende destruir a nuestros desconocidos atacantes. Ha sido concebida por los mejores estrategas del Alto Mando y aceptada por el Gobierno Militar. Más adelante sabrás los pormenores. Bástate saber, por ahora, que tú eres el jefe de la misión.

* * *

La astronave «Minerva», el más poderoso destructor espacial de la flota terrestre, un verdadero coloso de metal capaz de albergar a medio centenar de personas, los imprescindibles para su manejo, estaba bajo mi mando. Yo, el capitán de flotilla Jonathan Walter, me había convertido de la noche a la mañana en comandante de ese poderoso ingenio bélico y en jefe de una misión trascendental para la supervivencia del Hombre.

La verdad es que no cabía en mí de gozo pero, al mismo tiempo, me hallaba preocupado por la suerte de nuestra misión.

¿Qué nos esperaba más allá de nuestro sistema, en las proximidades de Próxima Centauri, acercándonos cada vez más hacia nuestro Sol?

* * *

La «Minerva», debido a su gigantesco tamaño, orbitaba alrededor de la Tierra esperando nuestra llegada, que no tardó en producirse, hallándonos poco después, tras abandonar el hangar interior de la ciclópea cosmonave, en los brillantes pasillos de metal que pronto nos condujeron hasta la Sala de Mando, desde donde se dirigían absolutamente todas las acciones del gigantesco destructor. Allí estaban los veinte hombres y mujeres encargados de las operaciones técnicas de la nave. Había, además, otros treinta, cuya misión era pilotar los cosmo-cazas que defenderían la «Minerva».

Todos los técnicos de la Sala comprobaron el buen funcionamiento de la nave desde sus salpicaderos y pantallas, esperando, después, mi orden de partida, que yo no dudé en dar.

La poderosa astronave sufrió una brusca sacudida al salir despedida hacia el espacio gracias a la ignición de sus toberas lumínicas. Viajando al máximo de rendimiento de sus motores,

estaba calculado que tardaríamos un par de días en alcanzar el límite de nuestro sistema solar.

* * *

Horas después, veía por vez primera el rostro de la capitán Darrel, también voluntaria en aquella misión. Un rostro que, además, era uno de los más hermosos que había visto en mi vida, por no decir el que más.

Sus rojos y gordezuelos labios me obsequiaron con una sonrisa al verme. Yo no recuerdo si también la sonreí, pues me había quedado helado al verla.

—Capitán Walter —se acercó, tendiéndome su mano abierta—. No sabía que usted estaba aquí.

—No, aquí no está el capitán, sino el comandante Walter —aclaré.

—Oh, comandante... Le aseguro que no sabía... —se cuadró de repente, azorada.

—Descanse, capitán. Está disculpada —esta vez sí recuerdo que sonreí. La capitán se tranquilizó ante mi tono comprensivo.

—Usted es la capitán del escuadrón de defensa, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Tengo bajo mi mando los quince cazas del escuadrón.

—Me alegra saberlo, capitán. Estoy seguro que con usted al mando no tendremos problemas.

—Y yo estoy segura de que gracias a usted lograremos la victoria sobre esos asesinos —me halagó, al mismo tiempo que demostraba su odio hacia los seres que mataron a su marido.

—Sé lo que siente, capitán —dije, tras una corta pausa en la conversación—. Y también sé por qué se ha alistado en esta misión. Probablemente, los dos tenemos un mismo motivo en común —terminé, sombrío.

* * *

Fue repentino.

Apenas acabábamos de dejar atrás el planeta Saturno, uno de los planetas cuyas bases perecieron bajo el puño destructor de nuestros enemigos sin rostro, cuando sufrimos su ataque.

Empezó al volver uno de mis hombres su rostro hacia mí diciendo:

—Señor, tengo una señal en el radar.

Me acerqué.

Era cierto.

Un objeto emitía ecos metálicos que se reflejaban en la pantalla de radar.

Según las lecturas del computarizado aparato, se hallaba a tres parsecs de distancia pero, por increíble que pareciera, podía llegar hasta nosotros en apenas dos minutos.

—¡La pantalla de protección, rápido! —ordené, sin dudar, seguro de que era un proyectil—. Envíen dos misiles.

Las órdenes fueron ejecutadas de inmediato.

En la pantalla panorámica y mural que había ordenado encender vi las estelas trazadas por nuestros proyectiles dirigiéndose hacia la nueva amenaza.

Transcurrieron tensos segundos y no se oyó ninguna explosión.

—Señor —me llamó el oficial del radar—. El proyectil enemigo ha esquivado nuestro ataque.

Le miré. Estaba pálido. Seguramente tanto como yo.

—Es teledirigido —susurré.

Estaba tan cerca el peligro que era imposible lanzar una nueva andanada. Nuestra única posibilidad era la pantalla, barrera de protección.

Una violenta explosión en el espacio señaló el impacto del ingenio de muerte contra la barrera energética. Suspiré aliviado.

Si hubiera sabido la verdad, seguramente me habría tragado aquel suspiro.

El peligro no pasó, ni mucho menos, tal como dejó en evidencia la demudada faz y el aviso desesperado de uno de los oficiales.

—¡No está destruido! ¡Sigue hacia aquí!

Era verdad. El misil, ahora más pequeño, continuaba, inexorable, su trayectoria.

Me maldije. Había sido un tonto desestimando al adversario. Eran más astutos y tenían más experiencia en el combate de lo que yo pensaba.

Construyeron un misil de dos fases en previsión de alguna dificultad. Al advertir la existencia de la barrera, ambas partes se separaron y una de ellas destrozó nuestra defensa, dejando el paso libre a la otra.

Ya era imposible hacer nada. El fin estaba próximo. De nuevo

volvía a ver demasiado cercana la descarnada faz de la Muerte, esta vez segura de atraparme entre sus heladas y huesudas garras. Pero yo era rebelde en ese aspecto. Tenía demasiada estima hacia mi pellejo, aunque no sirviera para mucho.

—¡Esquívenlo! —grité, tratando de utilizar cualquier posibilidad, por pequeña que fuese—. ¡Esquívenlo!

Demasiado tarde.

Aunque la gigantesca nave inició un brusco viraje, no pudo evitar la colisión con el proyectil, que explotó, desgajándola como si se tratase de una fruta madura caída de un árbol demasiado alto. Pero, por fortuna, la inesperada maniobra nos salvó de perecer desintegrados.

La explosión destruyó muchos aparatos de la Sala de Mando y nos envió rodando por el suelo, causando muchas heridas e incluso dos muertos.

Rodé como un pelele arrastrado por los rápidos de un río, y choqué contra una computadora, que no explotó de milagro, pero sí me produjo varias quemaduras y una profunda herida en mi mejilla izquierda, por la que brotaba abundante sangre.

Me levanté, dolorido, notando la viscosa humedad de la sangre en mis ojos.

Las luces se extinguieron, por lo que hube de andar a tientas, mientras oía gritos, quejidos y maldiciones por doquier. La Sala debía ser un caos total.

—¿Están todos bien? —pregunté, elevando la voz.

—Fred Coleman está muerto —informó alguien al que no podía ver.

—Y Robert no se mueve —se alarmó otro, que, después de un corto silencio, dijo—. Ha muerto. Tiene la cabeza aplastada contra la pared.

Se oyeron algunos murmullos temerosos y exclamaciones de horror.

—¿Todos los demás están vivos? —quise saber, mientras aumentaba el dolor en mi mejilla. Respondieron todos afirmativamente. Por segunda vez, quise suspirar de alivio pero me contuve, dado el apocalíptico final del primero.

Alguien se acercó a mí y, debido a la absoluta oscuridad, no supe quién era hasta que me habló.

—Tendríamos que salir de aquí —reconocí la voz de Greg—. Los destrozos deben ser grandes y corremos peligro inmediato de descomposición.

—Tienes razón. Iremos a la Cámara de Soporte Vital. Allí decidiremos qué hacer después.

* * *

La Cámara de Soporte Vital era una amplia estancia donde cabíamos todos los tripulantes. Totalmente estanca, estaba diseñada para situaciones de emergencia y podía soportar incluso el impacto directo de un misil nuclear. Tenía equipo autónomo de oxígeno, luz propia, calor y gravedad, gracias a una pila atómica independiente del centro de la nave, y alimentos para dos meses.

Podíamos, pues, soportar un par de meses sin penurias. E incluso tres, si racionábamos agua y comida. Pero mi intención no era estarme todo ese tiempo cruzado de brazos.

Estaba intranquilo, seguro de que aún no había terminado el peligro. Nuestros enemigos demostraron en varias ocasiones ser demasiado listos como para no sospechar una posible supervivencia.

Greg opinaba como yo y sentía los mismos temores: ésa fue la razón que me impulsó a ordenar el abandono de la «Minerva».

* * *

Los únicos sistemas de transporte de la gigantesca astronave eran los cosmo-cazas del escuadrón de defensa. Y a ellos nos dirigimos.

Los trajes de combate nos aíslan por completo de la casi inexistente atmósfera. Sin ellos habríamos perecido en cuestión de segundos.

Por fortuna, los «War's Hawk» no habían sido dañados por la explosión y podíamos utilizarlos.

Como no todos sabían pilotar, hube de hacer algunas variaciones entre los tripulantes, de forma que los que no tenían experiencia con esa clase de naves fuesen acompañados por los expertos pilotos del escuadrón.

Cuando todo esto estuvo listo, abrí por control remoto las puertas metálicas del hangar y ordené al comienzo de lo que prometía ser un largo y penoso viaje de regreso a la Tierra, tras el vergonzoso fracaso de la «Misión Ragnarock». Los motores de una veintena de pequeñas naves rugieron y los fotones, partieron

furiosos de las toberas, ocasionando el movimiento cada vez más rápido que nos debía alejar de lo que ya era un montón de chatarra espacial.

Salimos al negro espacio salpicado por miles de estrellas, poniendo rumbo después hacia nuestro planeta azul, ahora en grave peligro.

Fue poco después cuando estalló la «Minerva», desgarrando por breves instantes la eterna oscuridad de los cielos, convertida de pronto en una silenciosa bola de luz que no tardó en desaparecer, consumida por su propia energía, completamente desintegrada. Me estremecí y estoy seguro de que mi compañera de velo se dio perfecta cuenta de mi temor, pues sentí la presión de su enguantada mano en mi hombro, intentando transmitirme una seguridad y firmeza que, seguramente, no sentía.

—Su poder es increíble —musité, con voz ronca—. Han destruido por completo nuestra más poderosa astronave sin ningún esfuerzo.

—No piense en ello, comandante —casi me rogó la capitán Darrel—. En una guerra no podemos permitirnos el lujo de ser fatalistas. Debemos pensar siempre en la victoria. No sólo porque nos va en ello la vida, sino también porque debemos defender nuestro hogar, nuestra patria.

Hermosas palabras que entonces me parecieron huecas, sin sentido.

¿Cómo podíamos pensar en la victoria ante la aplastante superioridad del enemigo?

Pero tenía razón. Y aunque yo no quisiera admitirlo, ahora sé que en mi espíritu también anidaban esos ideales. Y fue precisamente esa rebeldía hacia la derrota la que movió cada uno de mis pasos. Pero entonces sólo dije:

—Ojalá fuera todo tan sencillo.

Ella no dijo nada. Sabía todo lo que pasaba por mi mente, estaba seguro Siempre creí que las mujeres tienen más sensibilidad que los hombres, y su modo de mirarme confirmó mis teorías.

Dejé de pensar en todo ello de modo repentino. Algo sucedía que no marchaba bien. El rostro desencajado de Jean Darrel constituía una prueba harto aclaratoria.

Miré los controles.

—No..., no es posible —balbuceé.

¡Ningún mecanismo funcionaba! Todas las pantallas y luces del tablero estaban apagadas; los indicadores, a cero; el volante, bloqueado.

Era una locura. No podía ser.

Intenté desesperadamente maniobrar, conseguir que funcionasen los mandos.

Todo inútil. No logré nada.

—¿Cómo es posible? —gimió Jean, oprimiendo mi antebrazo con su mano engarfiada, mirándome con el terror reflejado en sus negros ojos.

No contesté. Tampoco tenía ninguna respuesta.

Ni siquiera funcionaba el equipo de transmisión, por lo que no podía saber si les ocurría lo mismo a los demás, pero lo suponía.

—Cálmate —la tuteé, intentando tranquilizarla, temiendo que se desmoronase—. Eres un piloto del Ejército Terrestre. Tu valor está más que probado.

Me miró, agradecida. Sus labios se posaron en los míos, pillándome desprevenido. Me sentí azorado. Ella era viuda desde hacía poco y yo jamás fui aprovechado. Pero su sencilla acción contribuyó a tranquilizarla. Desvió la mirada, avergonzada.

—Perdone, comandante —se disculpó, adoptando de nuevo el tratamiento oficial—. Fue un impulso. No volverá a suceder.

No tuve tiempo de decir nada. Algo reclamó más poderosamente mi atención. Algo que apareció de repente en una de las pantallas, que yo suponía inutilizada: un mensaje. Un conjunto de letras fosforescentes, producto de una serie de impulsos electrónicos, desfiló ante mis ojos, formando palabras, frases...

MENSAJE DIRIGIDO A TODAS LAS NAVES ENEMIGAS:

LOS CIRCUITOS Y MECANISMOS ELECTRÓNICOS ESTÁN BLOQUEADOS DE FORMA QUE LOS BIO-ORGANISMOS NO PUEDAN MANIPULARLOS. LA ÚNICA POSIBILIDAD DE SUPERVIVENCIA PARA LOS BIO-ORGANISMOS ES ENTREGARSE SIN RESISTENCIA. EN CASO CONTRARIO, SERÁN ELIMINADOS. MENSAJE CONCLUIDO.

Por primera vez desde que comenzaron aquella locura, nuestros invasores se dignaban comunicarse con nosotros, aunque fuera para instarnos a la rendición. Era una oportunidad espléndida para

conocerlos, para saber cómo eran, para descubrir sus límites y debilidades… Y además no había otro remedio.

Una cosa era segura: su nivel tecnológico estaba muy por encima del nuestro. Era incluso capaces de controlar a distancia los vehículos de sus enemigos.

Jean me miró, dubitativa.

—¿Qué haremos? —preguntó.

—Mucho me temo que no está en nuestras manos decidir —contesté, sombrío.

CAPÍTULO III

Poco después sentimos una extraña vibración en toda la nave que conocíamos bastante bien. No en vano pasé casi toda mi vida en esos cacharros.

Estábamos parados. Los retro-propulsores se activaron para detener el avance de la nave, provocando la vibración. Después se puso en marcha el sistema antigravedad.

Supe entonces que habíamos llegado a nuestro destino... o muy cerca de él.

Lo que menos importaba eran los matices; lo cierto era que habíamos caído prisioneros.

Sin previo aviso, la puerta del cosmo-caza se abrió, pillándonos desprevenidos, sin los cascos puestos. Por breves instantes, llegué a temer la descompresión, la pérdida de aire y sus fatales consecuencias para nuestros organismos. Nada de eso ocurrió.

Me asomé al exterior. No pude evitar lanzar una exclamación de sorpresa e incredulidad.

Estábamos en un hangar.

Un hangar gigantesco, que dejaba liliputiense al de la «Minerva». Pero, por increíble que parezca, las únicas naves que había allí eran las nuestras, los veinte cosmo-cazas con los treinta y nueve supervivientes. Ni una más.

Debía tratarse de una macro-nave gigantesca, no comparable con ninguna de las que poseía el Ejército Terrestre. Y, probablemente, con un poder bélico inimaginable.

—¿Dónde estamos? —oí a mis espaldas la voz de la capitán Darrel, preguntándome.

—No lo sé —respondí, con toda nobleza—. Pero sea esto lo que sea, debe ser obra de colosos.

—De monstruos, querrá decir —se estremeció ella por el

recuerdo.

—Sí —tuve que admitir, mientras en mi mente aparecían imágenes de muerte y destrucción provocadas por seres sin rostro —. Monstruos colosales. O colosos monstruosos, lo mismo da.

Entonces me di cuenta de que de las demás naves comenzaba a salir gente. Nosotros salimos también, con las manos apretadas, enlazadas para infundir valor.

—¿Qué es esto, comandante? ¿Cómo hemos llegado aquí? —me preguntaron algunos tripulantes.

¿Cómo llegamos? ¿Qué era aquello? ¿Dónde estábamos?

Eran las mismas preguntas que llenaban mi cráneo en un maremagno de confusión. Y no tenía ninguna respuesta.

—No tengo ni idea —confesé mi completa ignorancia—. Pero permanezcamos tranquilos. Puede que...

No quise continuar. Nada podía garantizarles y, por lo tanto, no podía crear falsas esperanzas en ellos. Era mejor que analizasen el problema por sí mismos, con frialdad, y procurasen hallar alguna solución. Así lo planteé a mis subordinados, recomendándoles calma ante todo.

Todos quedaron taciturnos.

Toqué la herida de mi cara. Ya estaba casi completamente cicatrizada gracias a los adelantos de la medicina, pero la señal persistiría hasta que me hicieran una intervención quirúrgica.

Miré en derredor. Todo era uniforme, de color gris plateado, que emitía destellos al verse herido por los rayos de luz.

¿Destellos?

No, no eran reflejos. Era... luz directa.

¡Toda la estancia, las paredes, el techo, el mismo suelo emitían luz! Una luz suave, que ni siquiera cegaba, pero luz, al fin y al cabo.

«Increíble», pensé entonces, y todavía lo sigo haciendo.

Noté la tensión que de pronto se produjo en la mano de Jean, que yo sujetaba. Miré hacia donde ella lo hacía.

Un gran panel de una de las paredes se estaba descorriendo, impulsado, sin duda, por complejos mecanismos, dejándonos el paso libre, invitándonos a que pasásemos.

Aceptamos, naturalmente, y cruzamos el umbral que, si bien no era oscuro ni tenebroso, ni siquiera propicio para un ambiente terrorífico típico de los siglos XIX y XX en cuestión de literatura,

producía en nosotros una extraña sensación, cuya naturaleza no sabría catalogar.

Detrás nuestro, la inesperada entrada volvía a cerrarse, siempre en silencio, sin que nos diéramos cuenta hasta que fue demasiado tarde. Ya nos era imposible retroceder. Por lo tanto, avanzaríamos.

Liberé mi mano de la dulce tenaza que la sujetaba y desenfundé mi láser, empuñándolo con seguridad y decisión. Jean me miró e imitó al instante. Con aquel arma en nuestras manos, la sensación que oprimía mi pecho desapareció, para dejar sólo la tensión que suele provocar un inminente encuentro con lo desconocido. ¿Cómo serían? ¿Por qué nos atacaban?

Más enigmas.

El lugar donde nos hallábamos era un corredor con el techo a unos cinco metros de nuestras cabezas, por el cual andamos durante algunos minutos. De pronto, se terminó.

Ante nosotros sólo había una nueva abertura. Tras ella, otra estancia.

¡No podía creer lo que veía!

El lugar donde estábamos era muchísimo más grande que el hangar donde reposaban nuestros cosmo-cazas. Si algún adjetivo le calificaba era el de ¡descomunal! Y verdaderamente lo era.

Pero había también otro adjetivo que aún se le ajustaba más: maravilloso.

Grandes extensiones de bosques y jardines aparecían ante nosotros, deslumbrándonos con su belleza, con su esplendor, que podía competir con los más bellos de la Tierra. Algunos caminos de metal atravesaban aquella maravilla, seguramente empleados por los invasores para desplazarse con comodidad.

¡Incluso había animales! Extraños animales, que jamás llegué a imaginar.

Volví la cabeza. La entrada se había cerrado, franqueando cualquier posible huida.

* * *

—¿Qué le parece esto, comandante? —me preguntó Jean Darrel.

La miré. Me pareció más hermosa que nunca, echada sobre la verde hierba, sin el traje de vacío, que allí no era necesario y sí muy incómodo. Sólo llevaba un monopieza de color azul, como el mío, que se ajustaba a su anatomía como una segunda piel, acentuando

sus formas turbadoras, de espléndida y deseable mujer.

—No me llame comandante, Jean —pedí—. Me parece que aquí de nada sirve.

—Como quiera... —dudó un instante, intentando recordar mi nombre y sonrió—, Jonathan.

—Así está mejor —sonreí a mi vez—. Cada vez que me llamaba «comandante», me sentía Matusalén.

—No sería tanto —rió—. A todo el mundo le gustaría que le llamasen «comandante».

—A mí no, créame. Me gusta que las mujeres bonitas me llamen por mi nombre.

—Gracias por el piropo, pero me temo que no es más que un cumplido.

—Me ofende usted —fingí enojarme—. Yo jamás miento. Y menos en su caso.

—Gracias de nuevo.

—¿Qué me preguntaba? — intenté recordar.

—Que qué le parece a usted esto. Supongo que tendrá una opinión —dijo, mientras se incorporaba, quedando sentada.

Me puse serio.

—No quisiera opinar, pues se trata de hablar sobre nuestros enemigos y mis sentimientos son contradictorios. Quiero decir..., ¿cómo es posible que una raza con un sentido tan desarrollado de la belleza, de lo estético, pueda dedicarse a asesinar sin motivo a miles, millones de seres humanos?

—Le entiendo. Lo mismo me preguntaba yo. Pero hay que recordar que el ser humano muchas veces hizo lo mismo.

—Sí, y es lo que me intriga. En eso se parecen demasiado a nosotros. ¿Físicamente, serán iguales?

—Llegará el momento en que lo sepamos, no lo dude.

—Eso espero.

—¿Tiene alguna hipótesis respecto a ello? —preguntó, mientras se incorporaba. Comenzamos a caminar por el bosque, adentrándonos entre la espesura.

—Francamente, no. Y no es porque no haya imaginado mil y una formas de vida aplicables a nuestros enemigos, allá en la Tierra, sino porque temo equivocarme y hacerme una falsa imagen sobre ellos.

Hubo un largo silencio, que ninguno trató de interrumpir, mientras apartábamos la vegetación que nos impedía el paso.

—¿Amaba mucho a su marido? —me sorprendí a mí mismo preguntándole, pues en ningún momento tuve la intención de hacerlo. Por un momento temí que me mandase a la mierda, alegando mi total falta de derecho para saber tal cosa pero, afortunadamente, eso no pasó.

Sonrió con tristeza y dijo:

—Sí, le amaba. La quería muchísimo…, aunque desde que se le trasladó a la sección de Investigador apenas tenía tiempo para mí, absorto como estaba en su trabajo, un trabajo que siempre amó más que cualquier otra cosa en el mundo, incluida yo.

Me sentí cohibido, llamándome idiota por remover recuerdos tristes aún recientes en su memoria.

—Perdone… —me excusé, bajando la cabeza—. No tenía derecho…

Me miró con fijeza, deteniéndose al mismo tiempo.

—No se preocupe. Sé que no había mala intención en su pregunta. Además, quizá ya es hora de comenzar a plantearme ciertas cuestiones, como ésta.

Y me besó, dejándome sorprendido. Pero en seguida reaccioné, abrazándola con pasión, una pasión que llevaba escondida desde el primer momento en que la vi, acariciándola como si en ello me fuera la vida.

En ese momento dejaron de existir para mí todos los horrores vividos, el peligro que gravitaba sobre nuestras cabezas como una inmaterial espada de Damocles. Para mí sólo existía ella, su joven cuerpo que se estremecía de placer mientras la desnudaba, que parecía arder bajo mis caricias, que respondía a ellas con la fuerza que sólo puede engendrar el amor.

Nuestros cuerpos desnudos se entrelazaron, convirtiéndose en uno solo, en mutua entrega, llenándonos de dicha sin fin, mientras la sentía gemir entre mis brazos, sin importarnos en absoluto la hierba que rozaba nuestros cuerpos y que no sentíamos.

En esos momentos supe que la amaba, que jamás podría vivir sin ella.

* * *

—Después de todo, puede que nuestra misión tenga éxito —

opiné, optimista—. Quizá no logremos destruirles, pero sabremos cómo son, y trataremos de averiguar cuanto nos sea posible.

—Entonces..., ¿no intentaremos escapar? —preguntó Greg, que me acompañaba, mientras comía uno de los frutos que habíamos cogido momentos antes de un árbol.

—Ni pensarlo —contesté—. Esta es una oportunidad que es posible que no se vuelva a presentar y debemos aprovecharla. Además, ¿cómo escaparíamos? Es evidente que estamos en una nave, quizá una macro-nave mucho mayor que ésta, camino del centro de reunión de estos seres. Es posible que vayamos hacia ese punto de Próxima Centauri... Y ésa era muestra misión, el objetivo de la «Misión Ragnarock». Quizá más tarde...

—Tienes razón —admitió mi compañero y amigo—. Procuraré pasar la voz.

—Escapar ahora es imposible. Nuestras naves están inutilizadas y aún no conocemos muy bien el poder bélico de estos seres...

—Sí, pero una vez sepamos todo lo que debemos saber, no tememos más remedio que escapar. Debemos avisar a la Tierra, entregarles información...

—Estoy de acuerdo.

—A propósito, Jonathan..., ¿por qué no nos habrán liquidado a nosotros?

—No lo sé, Greg —respondí, sombrío—. Y he de admitir que eso me preocupa.

* * *

Fue diez días más tarde cuando uno de mis hombres se presentó ante mí, jadeante por la larga carrera que hubo de hacer.

—¡Comandante! —me llamó—. Comandante, la puerta... está abierta de muevo. Acabo de verla. Llamé a mis hombres mediante el equipo de transmisión, instándoles a reunirnos, y nos dirigimos, hacia el lugar por donde entramos en aquel vergel artificial.

—¿Qué hacemos, Jonathan? —preguntó Greg.

—Esto —señalé—, la abertura en la pared metálica parece indicar que nuestros misteriosos anfitriones desean que salgamos. No les desilusionemos.

Me metí en el corredor, seguido por los demás miembros de la tripulación de la nave «Minerva». No entendía por qué los seres que tripulaban la nave deseaban que volviésemos al hangar donde

estaban los cosmo-cazas, pero seguí adelante.

Pronto intuí ese «por qué». Justo cuando llegamos al hangar y vi abierta la gigantesca puerta de acceso a éste.

Habíamos llegado a muestro destino, fuera cual fuese.

Un enorme montacargas nos esperaba para desembarcarnos, cosa que sucedió poco después, dejándonos sobre el suelo metálico donde descansaba, tras el largo viaje recorrido, la descomunal —sí, descomunal, ésa es la palabra exacta para definirla— astronave en la que habíamos viajado. Nunca en mi vida podré olvidar el tamaño de aquel mastodonte del espacio, tan grande como diez mega-polis terrestres juntas.

¡Y el lugar donde la nave se posó era casi el doble de grande!

Sentí que la cabeza me daba vueltas. ¿Adónde habíamos ido a parar?

¿Qué extraño mundo era aquél, donde las medidas terrestres se quedaban pequeñas?

¿Y quiénes eran sus habitantes, que no se dejaban ver en ningún momento, ni siquiera ahora? Demasiadas preguntas sin contestación.

Lo único que podíamos hacer era esperar, aguardar a que llegase el momento adecuado.

Un zumbido perfectamente audible llegó hasta mí, obligándome a volver la cabeza en su dirección y permitiéndome ver el origen de tal sonido. Un aparato muy semejante a los vehículos anfibios monoplaza de nuestro ejército, pero con orugas, se acercaba a nosotros, parándose después. En una pantalla de su parte delantera aparecieron unas frases en el idioma oficial de la Tierra.

ESTE VEHÍCULO SÓLO TRANSPORTARÁ AL BIO-ORGANISMO DE MAYOR GRADUACIÓN. TRASLADARA A ÉSTE, QUE NO PODRÁ NEGARSE, O SERÁ EJECUTADO AL INSTANTE.

FIN DEL MENSAJE.

Me lo esperaba. Era lógico que aquellos seres desearan comunicarse conmigo, así que me introduje en el vehículo sin dudarlo un instante, deseoso de averiguar cuanto fuera posible sobre nuestros enemigos.

Jean me miró, mostrando en sus ojos los temores que sentía, pero yo fingí no darme cuenta.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó Greg, acercándose.

—Quizá ésta sea la hora de la verdad, de la revelación que tanto deseamos —respondí.

—Ojalá sea cierto —deseó—. Buena suerte, Jonathan. Puede que la necesites.

—Sí, puede.

Y entonces, el monoplaza teledirigido se movió, desplazándose a gran velocidad, con un zumbido monótono de fondo, a lo largo de multitud de pasillos y estancias, hacia mi ignorado destino.

* * *

Era... increíble.

El pequeño monoplaza me llevó hasta un lugar que jamás, ni siquiera en mis momentos de más delirante imaginación, podría haber soñado. Una columna brillante, llena de sofisticados mecanismos que nunca sería capaz de entender, tan grande como la destruida «Minerva» ocupaba casi por completo la gran estancia donde me hallaba, rodeada de máquinas, robots de tamaño y forma casi humana, con la parte inferior muy parecida al monoplaza que me transportó, con orugas para deslazarse, que realizaban sus trabajos sin fijarse para nada en mí.

—¿Qué es esto? —me pregunté a mí mismo, pues sospechaba que nadie más podría responderme.

Me equivocaba.

Una gran pantalla empotrada en la complicada columna electrónica, hasta entonces llena de guarismos y cifras incomprensibles para mí, de pronto comenzó a llenarse de palabras inteligibles, ante mi estupefacta mirada, respondiéndome.

PREGUNTA ERRÓNEA. ESTA UNIDAD DE COMBATE NO TIENE DENOMINACIÓN ESPECÍFICA.

Me quedé de piedra.

La máquina... me entendía, comprendía, sin necesidad de ser humano alguno, lo que le decía.

Creí entender.

—¿Eres..., eres tú quien controla todo esto?

NUEVA IMPRECISIÓN. LA UNIDAD DE COMBATE NO CONTROLA NADA. ESTO QUE VE EL BIO-ORGANISMO NO ES MÁS QUE UNO DE LOS CENTROS DE ACUMULACIÓN DE DATOS DE LA UNIDAD.

Eso fue, más o menos, lo que leí en la pantalla.

—¿Quieres decir... que tú, una máquina, eres... todo esto, todo cuanto nos rodea?

Mi asombro crecía por momentos.

AFIRMATIVO.

—Por tanto... ¿Eres tú nuestro enemigo? —afirmé más que pregunté.

AFIRMATIVO. ASÍ PUEDE DENOMINARSE A ESTA UNIDAD DE COMBATE.

—Pero... ¿cómo es posible? —quise saber, sin dar crédito a las evidencias.

PREGUNTA INCONCRETA. ESTA UNIDAD NO ESTÁ PROGRAMADA PARA ESE TIPO DE CUESTIONES.

—Quiero decir... —corregí mi pregunta, dándome cuenta de que, después de todo, sólo era una máquina, por enorme que fuese —. ¿Quién te programó?

ESTA UNIDAD FUE PROGRAMADA POR EL EJERCITO IMPERIAL DEL PLANETA NAKKOSE.

—¿Nakkose...? —repetí—. ¿Dónde está ese planeta?

PREGUNTA MAL FORMULADA. EL VERBO UTILIZADO PARA LA DESIGNACIÓN DEBE CONJUGARSE EN PASADO.

—¿Qué quieres decir?

EL PLANETA NAKKOSE FUE DESTRUIDO POR LAS FUERZAS DE TARKA.

—¿Vuestro planeta estaba en guerra con otro?

AFIRMATIVO.

—¿Y fue destruido?

AFIRMATIVO.

—¿Y por qué nos atacas a nosotros?

LA PROGRAMACIÓN INICIAL DE ESTA UNIDAD PERSISTE A TRAVÉS DEL TIEMPO. Y ESA PROGRAMACIÓN DICTAMINA LA DESTRUCCIÓN DE CUALQUIER SUBESPECIE DE LAS DENOMINADAS HUMANAS QUE NO PERTENEZCAN AL PLANETA NAKKOSE.

—Dios mío...

Ya estaba todo claro.

Aquella guerra no era más que una prolongación en el tiempo del odio entre dos planetas, convertida en peligro para la humanidad terrícola por una estúpida orden dirigida a una

computadora, a una maldita «unidad de combate» cuyo deber era destruir a todo ser humano. Incluso en la destrucción, Nakkose veía cumplida su venganza, y millones de seres, en el Más Allá, se regocijarían al unísono con la muerte de la Tierra. «Malditos», pensé.

Y tenía que ser una máquina, un apestoso montón de chatarra con circuitos, el brazo ejecutor de la venganza sobre seres inocentes, que nada hicieron para merecer tal final, pese a ser muchos sus errores.

—¿Y Tarka...? —pregunté, con mi alma iluminada por una remota esperanza—. ¿Qué fue de ese planeta?

TARKA FUE DESINTEGRADO POR ESTA UNIDAD.

Tenía ante mí, pues, la encarnación del odio sobreviviendo al paso del tiempo, una Muerte de metal con heladas garras, mirándome con sus tenebrosos objetivos de captación de imágenes.

Si en esos momentos yo no hubiera estado sujeto por las frías tenazas del miedo, me hubiera reído a carcajadas por mis propios pensamientos, más propios de una parodia sobre cualquier rancia película de terror y ciencia.

Todo muy irónico, sí, señor.

—¡Maldita sea! —rugí—. ¿Pero es que, estúpida máquina, no te das cuenta de que lo que pretendes es una locura?

NEGATIVO. LA LOCURA ES UNA ENFERMEDAD QUE SÓLO POSEEN LOS BIO-ORGANISMOS.

—Una enfermedad que sólo poseen los Bio-organismos... —me burlé, en mi furor—. Estúpido montón de cables, no podrás destruir al Hombre, tu creador.

OBSERVACIÓN ERRÓNEA. ESTA UNIDAD TIENE COMO MISIÓN SU DESTRUCCIÓN Y LA CUMPLIRÁ.

—Serás destruida por nuestro ejército —casi chillé.

NUEVA EQUIVOCACIÓN. LA UNIDAD DE COMBATE SABE EL PODER BÉLICO DE LOS BIO-ORGANISMOS TERRESTRES, MUY INFERIOR AL SUYO.

Tragué saliva, mientras intentaba aclarar mis ideas, controlar el flujo de adrenalina, y razonar con frialdad. Sabía muy bien que aquel puñado de tuercas tenía razón. Nuestras armas eran juguetes comparadas con las suyas, tal como había demostrado en varias ocasiones.

Pero aún teníamos una posibilidad. La astucia es patrimonio casi exclusivo del hombre. Quizá otros animales también la poseían, pero dudaba de que una máquina, por perfeccionada y. versada en el combate que estuviera, poseyera tal cualidad.

Quizá, si lográbamos enviar toda aquella información a la Tierra...

—Otra pregunta... ¿Por qué nos has permitido vivir?

LA UNIDAD HA CONSIDERADO INTERESANTE EL ESTUDIO DE ESTA SUBESPECIE HUMANA, TANTO FÍSICA COMO MENTALMENTE. LOS BIO-ORGANISMOS SERÁN SOMETIDOS A DIVERSOS EXPERIMENTOS BIOLÓGICOS PARA AUMENTAR LA INFORMACIÓN QUE POSEE LA UNIDAD.

Un escalofrío recorrió mi espalda, dejándome paralizado.

—¿Cuándo..., cuándo será eso?

EL PRIMER EXPERIMENTO SE EFECTUARÁ PRÓXIMAMENTE, DENTRO DE DIEZ HORAS TERRÍCOLAS.

CAPÍTULO IV

—Dios mío… —palideció Jean, tras escuchar mi relato—. ¿Estás seguro de que te dijo eso?

—Sí —respondí—. Estoy seguro.

—¿No has olvidado nada? —preguntó esta vez Greg Styler.

Negué con la cabeza.

—No, lo he reproducido casi fielmente. La idea es la misma. No me he dejado nada.

—Según eso, entonces, esto es una especie de enorme nave interestelar capaz de destruir mundos con su poder, que se dirige a la Tierra gracias a un computador cuya programación trasciende el tiempo y el espacio. Estuvo una vez tripulado por seres humanos como nosotros, ¿no es así? —se dirigió Greg hacia mí.

—Así es —afirmé—. Pero fueron destruidos. Supongo que por alguna radiación similar a la emitida por nuestras bombas de neutrones.

—Estoy de acuerdo. Pero… una pregunta me roe desde el principio: ¿por qué no nos desarmaron?

—Puede que supusiera, mediante su lógica cibernética, que es imposible la huida de este lugar. Ni siquiera se molestó en arrebatarnos los láser.

—Sí pero es un descuido por su parte, ¿no? —preguntó Jean.

—Quizá sus circuitos, con el tiempo, han comenzado a funcionar mal.

—¿Sabemos ya todo cuanto nos interesa? —pregunté, después de que opinase mi amigo y compañero.

—Pienso que sí. Podemos intentar la huida. Avisaré a los demás y les informaré a grandes rasgos de la situación.

Se alejó, dejándonos solos a Jean y a mí. Ella se abrazó con fuerza a mí, buscando mi boca con desesperación.

—¿Lograremos escapar? —preguntó, tras ver satisfecho su deseo.

—No lo sé —respondí con franqueza—. Greg parece verlo muy fácil. Desprecia y odia a esa máquina. Lo he notado. Y todo cuanto desea es verla destruida.

—Supongo que él también tiene nuestro «motivo común» —preguntó más que afirmó.

—Sí, su padre murió en el primer ataque.

—Comprendo entonces lo que siente.

—Yo no.

—¿No? —se sorprendió.

—Es una tontería odiar a una máquina por hacer para lo que se la programó. Ella no tiene la culpa. Ni sus programadores tampoco. Lo único que deseaban era exterminar a sus enemigos. No sé si eran atacantes o atacados, pero lo cierto es que no creo que deseasen acabar con otras especies humanas.

—Pero esa orden ha causado muchas muertes —protestó—. Y puede causar muchísimas más.

—Supongo que nosotros, los terrestres, algún día haremos algo en lo que se vean involucradas otras razas del espacio. Y esas razas nos odiarán por ello, por una equivocación.

Jean no dijo nada.

—Yo sólo confiaré en mi instinto de supervivencia. Jamás en mi odio.

* * *

Nuestra única posibilidad de escapar era llegar hasta los cosmocazas. Por eso, nuestro técnico en computadoras dedicó su talento a intentar desconectar el montacargas que nos bajó de la gigantesca astronave, y retirarle del control central ejercido por X, «la unidad de combate».

Pero, nada más comenzar a hurgar en sus circuitos, se abrió una puerta metálica y empezaron a salir robots con orugas iguales a los que viera con anterioridad. Pero esta vez estaban armados.

Los fusiles que empuñaban comenzaron a desgranar fuego, alcanzando a un par de mis hombres, que perecieron abrasados.

—¡Usted siga intentándolo y no se preocupe por lo demás! —ordené al técnico, mientras desenfundaba mi láser y tomaba puntería.

Disparé y un rayo de destrucción alcanzó la metálica cabeza de uno de los autómatas, eliminándole. El lugar se lleno de rayos de luz mortales de distinta naturaleza: caloríficos unos y de pura radiación luminosa los otros. Ambos destruían todo cuanto hubiera a su paso, sin respetar nada, y pronto aquello se convirtió en una lucha sin cuartel, donde había que matar o ser matado.

Natural es que, ante esa perspectiva, en la que nosotros éramos los que más teníamos que perder, luchásemos con más ímpetu y lográsemos superar a los atacantes robóticos durante algún tiempo, controlando la situación, hasta que oímos la esperada frase:

—¡Ya está!

Me volví. El técnico nos miraba triunfante, pese al sudor que cubría su cara y seguramente su cuerpo, bajo las calurosas prendas del equipo de combate. Había logrado su propósito.

Subimos todos al montacargas con rapidez, mientras disparábamos una salva mayor contra los robots, que actuó de pantalla entre ellos y nosotros, procurándonos una ventaja que necesitábamos, pues sobre el montacargas seríamos un blanco más fácil.

Disparamos sin cesar, destruyendo autómatas a diestro y siniestro, durante el largo trecho que nos separaba de la entrada a la gigantesca nave. Después, nuestros esfuerzos se dirigieron hacia la puerta, concentrando toda la potencia de los láser en ella hasta que se volatilizó. Pero, mientras tanto, los robots incrementaron su fuego contra nosotros, matando a uno de mis hombres que, envuelto en fuego, se precipitó al vacío.

Jean se apretó contra mí y entramos, seguidos de los hombres y mueres de mi tripulación, consiguiendo un descanso. Fuera, los seres cibernéticos dejaron de disparar, conscientes de la inutilidad de sus esfuerzos.

—Actúan en bloque —observó un técnico—, sin iniciativa propia.

—Son controlados por el computador central —expliqué—. Ahí reside nuestra ventaja: en que actuamos de forma independiente, pero con un plan común.

—¿Habrá más robots aquí dentro? —preguntó una joven y bonita muchacha con los galones de sargento en sus hombreras.

—No sé. Esperemos que no. Pero hay que suponer lo peor.

Y no me equivoqué.

Con la misma rapidez con que los leucocitos aparecen en el cuerpo humano al producirse una herida infectada, así surgieron nuevos atacantes automatizados de las entrañas de la nave, dispuestos a expulsar al virus humano que hollaba su interior.

A mí no me gusta que nadie me tome por un virus. Por eso disparé, repeliendo el ataque y siendo imitado por mis compañeros que, como yo, enseguida se postraron en tierra para disparar mejor en el escaso espacio del corredor.

Los robots no podían imitarnos y sólo disparaban los más adelantados, siendo barridos por nuestras armas en cuestión de minutos.

Miré a Jean y me sentí orgulloso de ella. Estaba tumbada detrás de mí, con el láser en sus manos, serena, como todos los demás, pese a los horrores que vivió y a todo el sufrimiento que experimento.

Me levanté. El pasillo estaba despejado, salvo por la humeante chatarra que nos recordaba la amenaza que seguía latente dentro de la nave.

* * *

El siguiente ataque fue el peor y aún hoy recuerdo con estremecimiento aquellos momentos de angustia en que murieron tantos hombres.

Nos hallábamos muy cerca del hangar, casi en su entrada —todavía no me explico cómo, habiendo salido por el hangar, a nuestro regreso, aparecimos en un pasillo; quizá nos equivocamos de entrada—, cuando el horror empezó.

De las paredes de metal brotaron rayos de muerte de forma inesperada, provocando caos y destrucción. Greg murió partido por la mitad por uno de ellos, como muchos otros, pero, en el fragor del momento, no me di cuenta.

Me lancé sobre Jean, que se encontraba justo detrás de mí, cayendo ambos al suelo, mientras gritaba algo, no recuerdo qué. Pero no pude evitar uno de aquellos letales rayos, que me alcanzó la pierna izquierda de refilón, causándome una espantosa herida y un dolor insoportable.

Llevé la mano hasta la herida, intentando arrancar el dolor que brotaba de allí, pero sólo conseguí aumentarlo al tocar la carne viva

con el guante. Mi mano enguantada se empapó de sangre pero, a pesar de eso, continué apretando la herida para disminuir la hemorragia.

Gritos de agonía llegaron hasta mis oídos, pero no podía ver nada, pues un velo rojo cubría mis ojos. Finalmente, me desmayé.

* * *

No sé a ciencia cierta qué fue lo que me despertó. Sólo recuerdo que en ese mismo momento un olor nauseabundo hirió mi olfato. Lo identifiqué como carne carbonizada, y las náuseas aumentaron.

Me levanté. Un dolor terrible recorrió mi pierna izquierda, obligándome a soltar un gemido. El suelo estaba cubierto por mi sangre, que se fundía con la de otros, la de mis compañeros.

Muertos.

Todos estaban muertos, destrozados por los mortales impactos de los rayos.

Busqué con auténtico frenesí a Jean. La encontré muy cerca de mí. Suspiré. Estaba viva, aunque inconsciente.

La reanimé como pude. Cuando se recobró, miró con espanto los horribles cadáveres de los que una vez fueron nuestros camaradas de armas, y rompió a llorar.

—Moriremos como ellos, Jonathan… —repetía—. Es horrible.

La tranquilicé, aunque no estaba en condiciones para hacerlo. Perdía mucha sangre por el boquete abierto en mi pierna.

Rasgué mi traje de combate y vendé la herida, apretándola con fuerza.

—Estás herido —se percató entonces Jean de mi situación—. Déjame ver.

No la dejé.

—Si lo abro de nuevo, perderé más sangre y ya he perdido demasiada. Estoy débil como un gatito.

Jean hacía verdaderos esfuerzos para no llorar. Y yo también. Mi alma se desgarró de nuevo con aquellas muertes, que no pude evitar, igual que pasó en la Base Central de Plutón. Y, como entonces, Jean y yo sobrevivimos.

Me ayudó a levantarme y caminamos hacia la puerta de acceso al hangar.

—Debemos tener cuidado —recomendé— y fijarnos en las paredes. Aquí todo puede ser un peligro. Apuntamos los láser contra

el metal de la entrada y disparamos.

Dos delgados trozos de luz cruzaron el aire para estrellarse en el metal, atravesándolo momentos después, formando un hueco por el que cabían nuestros cuerpos.

Pasamos, siempre vigilantes, escudriñándolo todo con recelo. Ante nosotros estaban los «War's Hawk», esperándonos, con su bruñida superficie plateada brillando bajo la acción de la potente luz artificial.

Siempre cojeando, sintiendo la mordedura del dolor en mi pierna, nos acercamos a las naves, que se habían convertido para nosotros en el instrumento de nuestra salvación. Pero, antes de llegar, sufrimos un nuevo ataque.

Un zumbido llegó hasta mí, haciendo que volviese la cabeza y me encaramase con las nuevas máquinas de muerte.

Esta vez eran pequeñas esferas metálicas que flotaban en el aire y se dirigían velozmente hacia nosotros. Parecían inofensivas pero, por alguna razón que no sabría explicar, levanté el arma, en actitud defensiva. Entonces... nos atacaron.

Cada esfera escupió muerte en forma de delgadas líneas de luz que se estrellaron demasiado cerca como para estar tranquilos. Naturalmente, respondimos.

Mi dedo se crispó en el gatillo, tirando de él para poner en funcionamiento la compleja maquinaria del arma. El rayo surgió con un silbido, acertando a una de las esferas, que explotó en el aire, iluminándolo todo con su fulgor y provocando nuevas explosiones, que destruyeron más esferas.

Mientras, nos encaminamos a toda velocidad hacia las naves. Jean me sujetaba y me ayudaba a caminar, mientras yo continuaba con los disparos. Y, por fin, cuando ya todo estaba iluminado por los flashes cegadores de las explosiones provocadas por los rayos láser, recurrimos a todas nuestras fuerzas para encaramarnos a la cabina del más cercano de los cazas. Me senté ante los mandos, mientras Jean cerraba la puerta metálica.

—Alcanzarán la nave —se asustó Jean, viendo demasiado cercanos los impactos dirigidos hacia nosotros. No hablé. Estaba demasiado ocupado conectando los motores principales para el despegue, sin hacer revisión general ni atender a las cifras de los indicadores. No había tiempo.

No utilicé la antigravedad porque hubiera sido perder unos instantes preciosos, que podían significar nuestras vidas. En lugar de eso, puse en marcha directamente las toberas lumínicas, aunque sabía que podía ser un suicidio.

Las toberas se encendieron y pude sentir detrás de mí la furiosa salida de los fotones que debían provocar la reacción. La nave salió disparada hacia delante, con un chirrido metálico, producido por el contacto entre el suelo del hangar y el fuselaje.

A pesar de su magnitud, el hangar seguía siendo demasiado pequeño para maniobrar con un cosmo-caza. Ahí residía el peligro actual, pues las bolas metálicas no podían ni soñar en competir con su velocidad.

Elevé el caza, mientras sentía que la fiebre devoraba mi cerebro y comenzaba a sudar como en una sauna. A pesar de todo, estaba en juego mi vida y la de Jean... y debía luchar.

Disparé el láser, apuntando hacia los demás cazas, para no dejar ningún vestigio de nuestra tecnología capaz de ser estudiado, pese a lo que «la unidad» dijera. Todo el hangar estaba en llamas, sacudido por intermitentes explosiones que desgajaban sus paredes de metal. Entonces, ya creada la distracción, sentí la imperiosa necesidad de salir de allí.

Y así lo intenté.

Desde el otro extremo del hangar, puse el máximo de velocidad y me dirigí hacia la salida, que estaba bloqueada. Para subsanar ese pequeño detalle, apreté con toda la rabia acumulada en mi interior el disparador del láser de a bordo, más potente que nuestras armas normales. El rayo de luz amplificada por radiación provocó el chillido agónico del metal al ser penetrado por la potente barra luminosa, pero no lo atravesó del todo, ni formó un agujero lo bastante grande como para que cupiese la nave. Apreté con más ahínco el botón, dando toda la potencia, y, al mismo tiempo, disparé uno de los misiles de los que iba provisto.

—Venga, pequeños... Abridle la puerta a papá —rechiné los dientes.

Y entonces, se produjo la explosión.

Fuimos zarandeados como peleles por las ondas, pero una importante sección de la compuerta se desgajó como mantequilla, permitiéndonos la salida, nuestra tan deseada huida hacia las

estrellas que nos vieron nacer.

—Nos interceptarán —temió Jean, recordando lo ocurrido la vez anterior.

—No si nos vamos de aquí como alma que lleva el diablo y creamos algo de confusión en ese apestoso puñado de circuitos.

Y, dicho esto, lancé otro par de misiles contra la estructura metálica que teníamos ante nosotros, casi tan grande como la Luna y con la misma forma. No esperé a ver los resultados. Puse toda la energía en la propulsión consiguiendo una velocidad que jamás sospeché poder alcanzar, dejando cada vez más distancia entre nosotros y aquellos malditos seres de lata.

Toqué mi frente. Ardía.

Mi mente daba vueltas. Casi no veía los mandos. Dejé puesto el piloto automático y dije:

—Jean..., ocúpate... de la na...

Y me desmayé.

* * *

¿Dónde estaba?

¿Qué lugar era aquél?

De pronto, creí reconocerlo. Era el hangar del que había salido.

¿Cómo pude regresar hasta él?

Miré alrededor. No vi a nadie. El silencio me envolvía.

De pronto, de algún sitio salieron multitud de rayos mortíferos que no pude esquivar, que me alcanzaron de lleno, destrozándome, aniquilándome. Pero no morí. Cuando los disparos cesaron, seguía vivo.

Una figura se acercó a mí, caminando despacio, envuelta en sombras que la hacían casi invisible.

—Jean... —reconocí, cuando unos rayos de luz dieron en su cara, enmarcando su perfecto óvalo con un aura de esplendor. Sonreía.

Pero no. No era Jean. Lo supe cuando se arrebato la careta que cubría su verdadera faz, su rostro metálico simulando una calavera humana que me miraba con ojos centelleantes, cuando su descarnada mano se acercó a mí para agarrarme con su mortal tenaza.

La Muerte.

—No... Por favor... —gemí—. ¡NNNOOOOOOOO!

* * *

De nuevo se transmutó aquel rostro de pesadilla y vi uno muchísimo más hermoso y lleno de vida, de labios tan rojos como la sangre, naricilla respingona, graciosa, y ojos verdes. Su cabello rubio, a tirabuzones, se hallaba recogido tras una blanca cofia.

Me miraba, preocupada.

—¿Se encuentra bien, comandante Walter? —oí su suave voz, preguntándome.

—Sí... Sí, debió ser... una pesadilla —respondí. Y, al mismo tiempo, también vi su uniforme de enfermera—. ¿Dónde estoy?

—En el Hospital Militar Central de Inglaterra —respondió, sonriendo, mientras cogía unos medicamentos y me los ponía en la boca, obligándome a tomarlos.

—¿ Y... y J... Jean?

—¿Se refiere a Jean Darrel, la mujer que le acompañaba?

—Sí, por supuesto.

—Está en otra habitación, en mejor estado de salud que usted —me tranquilizó.

—¿Cuánto hace que estamos aquí?

—Seis días, todos los cuales los ha pasado inconsciente, igual que el viaje de regreso a la Tierra. Por cierto, hay unos señores que desean verle.

Se retiró hacia la puerta y la abrió, permitiendo la entrada a dos flamantes generales del ejército, que se acercaron sonrientes.

—Celebramos que ya se encuentre mejor, comandante.

—No le fatiguen mucho — advirtió la enfermera, y salió, dejándonos solos.

—Me llamo Allan Perkins. Y mi compañero es Robert Mc Kenney. Pertenecemos al Servicio de Inteligencia Militar —informó uno de ellos.

—Lo suponía.

—El SIM está muy interesado en conocer todos los detalles posibles sobre su aventura espacial. La capitana Darrel ya presentó su informe y sabemos más o menos de qué fue la cosa. Queremos saber si usted lo corrobora y obtener más información, pues tenemos entendido que usted «hablo» con «la unidad».

—Así es.

—Como no se encuentra en condiciones para redactar su

informe, lo haremos nosotros en su nombre, siempre y cuando responda nuestras preguntas.

—Lo haré, pero antes quiero saber cómo llegué hasta aquí.

—Fueron encontrados cerca de nuestro Sistema Solar por una astronave de reconocimiento, y trasladados hasta aquí. Usted se hallaba en coma profundo y su compañera totalmente exhausta. Afortunadamente, y gradas a la moderna medicina, se hallan ambos sanos y salvos.

Naturalmente, respondí a todas sus preguntas.

* * *

Tuve un permiso bastante largo tras mi estancia en el hospital, mientras se curaba mi pierna y me recuperaba. Una operación quirúrgica dejó mi rostro como nuevo.

Fueron días de descanso que pase junto a Jean, dedicado por completo a hacerla feliz, olvidando todo lo que vivimos. Pero, naturalmente, aquello no podía durar mucho. Seguíamos en guerra, en una guerra que jamás debió ocurrir, donde morían cada día cientos de seres dedicados a proteger su mundo.

Después de nuestra huida, hubo varios encuentros con el enemigo mecánico, en batallas que tenían lugar en el espacio, dignas de la fantasía de los escritores de ficción del siglo XX. Pero, pese al valor que nuestros hombres depositaban en cada empresa, la superioridad de nuestro enemigo se hacía evidente. Por eso, el Alto Mando dispuso la continuación de la casi fracasada «Misión Ragnarock».

Me llegó la citación semanas después de que se me diese de alta. En ella se me ordenaba que, debido a mi conocimiento sobre la situación, me presentase ante mis superiores para llevar a cabo la misión.

—Usted sabe mejor que nadie —me dijeron— cómo es esa enorme cosmo-nave. Por eso decidimos ponerle al frente de la misión, con pleno poder para obrar como guste, siempre y cuando lleve a cabo la destrucción total del enemigo.

CAPÍTULO V

Una vez más, sentía entre mis manos los mandos de un cosmocaza —esta vez un «Star Fire»—, equipado convenientemente para llevar a cabo la misión que se nos encomendó. De nuevo sentía una extraña opresión en mi pechó ante el futuro incierto, y temía no volver, hallar la muerte entre los laberintos que cruzaban la gigantesca nave que debíamos destruir.

Y, esta vez, Jean no estaba conmigo.

Cierto que mis heridas físicas ya cicatrizaron, pero me sentía inseguro, un sentimiento que, por otra parte, no debía dejar traslucir ante los demás. Mi experiencia bélica me ha demostrado que el miedo sólo engendra miedo, así que procuré apartar de mí aquellos pensamientos de mal agüero que me asaltaban de vez en cuando.

Recibimos la orden de partir a través de los receptores de nuestros cascos. Con ella, nos convertíamos en doscientos hombres abandonados a nuestra suerte y pericia, dispuestos a luchar contra un monstruo electrónico venido desde más allá del Tiempo y del Espació, y a dejar la vida por lo que era nuestro.

Pusimos los motores en marcha, llenando toda la plataforma orbital con el estruendo que producían. La antigravedad nos elevó, facilitando la ignición de los propulsores, que llenaron de miríadas de luz las pistas de despegue, en un espectáculo que sólo nosotros, los pilotos de tan sorprendentes aparatos, podíamos admirar.

El ruido fue ensordecedor. Las naves remontaron el vuelo con una elegancia que sólo pueden conseguir ellas, parangonando las fabulosas cualidades de las aves terrestres.

Poco después nos fundíamos con las estrellas, convirtiéndonos en una más, más brillante aún que las otras por los chorros luminosos de nuestras toberas. Éramos ya cien naves, cien máquinas

de destrucción que volábamos hacia el peligro.

Cruzábamos el espacio a terrible velocidad, con los motores a toda potencia, deseando acabar cuanto antes con aquella situación, aniquilar al montón de chatarra galáctica que osaba intentar destruirnos.

Y, con las mejoras técnicas añadidas a las naves, podíamos conseguirlo.

Tardamos tres días en establecer contacto con el enemigo, tres días de constante vigilancia y tensión, que se convirtieron en auténtica furia en el momento crucial.

Ante nosotros, aparecieron dos gigantescas cosmo-naves en pantalla. Dos mastodontes del espacio como el que capturó a la tripulación de la «Minerva». Fue entonces cuando los aparatos añadidos a los cosmo-cazas entraron en funcionamiento.

Los científicos encargados de la «Misión Ragnarock» supusieron que el bloqueo efectuado en los circuitos de los «War's Hawk» debía tener naturaleza electromagnética, emitiéndose en forma de ondas que alteraron el funcionamiento de los mandos. Siempre bajo esa hipótesis, dotaron a los «Star Fire» seleccionados por el Gobierno Militar con aparatos especiales que podían crear campos de interferencias eléctricas en un radio de un par de millas a la redonda. Con eso esperábamos escapar al control que pudieran ejercer sobre nuestros aparatos.

Y lo conseguimos.

Ante mi asombro, debo confesarlo, los mandos respondieron a nuestras órdenes. No estábamos bajo el influjo de aquella infernal computadora. Podíamos enfrentarnos en una relativa igualdad de condiciones.

Alborozado, abrí el canal de transmisión de la nave y alenté a los muchachos:

—¡Animo, chicos! Vamos a darle su merecido a esa asquerosa montaña de tuercas.

Maniobré, iniciando el ataque, disparando como un loco los lásers de mi caza, abriendo unos boquetes en el fuselaje de la gran nave por los que podría caber un ferry.

Pero la computadora, lógica hasta la exasperación, contraatacó, respondiendo a mi impensado ataque con una salva de misiles que convirtieron en pequeñas antorchas a cuatro de mis hombres, que

perecieron, desintegrados.

—Señor —me llamó mi copiloto—. Intentan comunicar.

Mi mirada se dirigió hacia la pantalla de comunicación en clave, donde aparecieron una serie de letras totalmente incomprensibles para mí, aunque conocía la mayor parte de las claves de comunicación terrestres. Pero, después, se tradujeron por sí mismas, volviéndose inteligibles.

LOS BIO-ORGANISMOS DEBEN DESISTIR EN SU ATAQUE O SERÁN ANIQUILADOS SIN CONTEMPLACIONES. EL MENSAJE NO SE REPETIRÁ.

—¡Una mierda vamos a desistir! —exclamó fogosamente mi copiloto.

Pero sus exclamaciones nada podían contra los rayos de nuestros enemigos.

—Ahorra tus fuerzas —le aconsejé— para el combate. Ahora empieza de verdad.

Y tenía razón.

Las grandes cosmonaves alienígenas no titubearon ni un solo instante. Eran perfectamente controladas por la mente electrónica que las regía.

Se lanzaron contra nosotros con ímpetu, intentando arrollarnos con su formidable masa, confundiéndonos. Casi lo consiguen.

Se destruyeron naves a placer, quedando diezmadas nuestras fuerzas, rodeándose de explosiones intermitentes.

—Nos están liquidando —palidecí—. No podemos perder más tiempo, o nuestro objetivo primordial asegurará sus defensas, haciendo imposible nuestra misión —y grité a través de las ondas—. ¡Atacad! ¡Acercaos lo máximo posible y destruidlas!

Prediqué con el ejemplo. Me acerqué a una de las naves enemigas procurando no hacer un blanco fácil, dando bandazos inesperados que desconcertaban la fría lógica de la computadora, hasta casi rozar su fuselaje con el del cosmo-caza, de forma que no pudiese alcanzarme, manteniéndome alejado de su ángulo de visión, y disparé, barriendo la superficie metálica con los láseres, abriendo una profunda brecha en su costado. Después viré, satisfecho por la maniobra, y pude ver cómo mis hombres repetían la operación con similares resultados, hiriendo gravemente a las naves.

—Ahora, alejémonos —comuniqué por radio— y demos las últimas pinceladas a nuestra obra de arte.

Naturalmente, no hablaba así sólo por guasa. Utilizábamos este lenguaje figurado, con doble significado, que sólo podíamos conocer los terrestres, para pillar desprevenido al adversario en caso de que interceptase nuestras ondas, pues no vería ni los pies ni la cabeza al mensaje.

Con un brusco giro, me alejé con rapidez del aparato y, cuando ya estaba a prudente distancia, di la vuelta, apuntando a los aparatos enemigos con mis armas, y apreté un botón. Dos misiles a reacción partieron, casi a la velocidad de la luz, hacia su destino, pareciendo dos barras luminosas en el firmamento. Y lo mismo hicieron los demás cazas, dirigiéndonos después, a toda potencia, hacia nuestro principal objetivo, mientras que las dos naves que nos intentaron interceptar quedaron envueltas en un blanco y cegador fuego que las desintegró.

Momentos después, ante nosotros estaba aquel gran mundo metálico, el centro neurálgico del peligro, venido de lejanas galaxias para acabar con todos los vestigios de vida humana en el Universo. Y debíamos destruirlo.

Pero sabíamos que ochenta y tantos cazas no podrían nada contra las defensas de aquella vasta mole llena de circuitos y mecanismos. Necesitábamos, para conseguirlo, llegar hasta el centro motor que ponía en funcionamiento todo aquello… y eliminarlo.

Por eso, mientras cuarenta de los cazas se quedaban en órbita alrededor del planeta-máquina, con los aparatos de interferencia eléctrica conectados contra algún posible ataque, que sería desviado inmediatamente al crearse confusión en sus circuitos, los demás nos lanzábamos en misión suicida contra éste, buscando el lugar adecuado para entrar en su interior.

Los rayos X con que estaban dotadas las cámaras exteriores de los cazas nos ayudaron a encontrarlo: un espacio hueco, un hangar o cosa parecida, lleno, aparentemente, de complejos circuitos cuya utilidad desconocíamos. Allí nos dirigimos.

Cuarenta rayos láser convergieron al mismo tiempo sobre la pared exterior del lugar, desintegrándola al instante, dejando un amplio hueco por el que hubiera pasado hasta una de nuestras grandes macro-naves de combate. Después, paramos los motores y

dejamos que la gravedad de aquella enorme súper-nave nos atrajera hacia el interior, permitiéndonos una mejor entrada.

Los cosmo-cazas se posaron con suavidad, sin ruidos.

—Los copilotos se quedarán en las naves, preparados contra cualquier eventualidad —informé—. Los demás, saldremos.

Así lo hicimos.

Éramos veinte los encargados de buscar el lugar donde, en otra ocasión, yo estuve, donde se me reveló toda la verdad.

¿Toda la verdad?

Empezaba a dudarlo. Había algo que no encajaba. Parecía que, dentro de la propia dificultad de la misión, era todo demasiado fácil, que todo iba por los cauces trazados. Y eso me mosqueaba.

Salí, con el láser en la mano. A través del cristal de mi casco de combate, imprescindible para esa misión, no vi nada anormal. Todo parecía ir a las mil maravillas.

—A medida que encontramos bifurcaciones por el camino, nos separaremos en grupos de dos. Organizaos como queráis —comuniqué a los demás—. Yo iré con Runau.

El veterano piloto francés, sin duda el mejor de todos cuantos integrábamos el comando, se acercó a mí.

—¿Cuál es el plan a seguir, señor? —me preguntó.

—Supongo que, más o menos, ya os lo imaginaréis. Buscaremos los centros energéticos y de acumulación de datos de este lugar, sin duda los primordiales. Tenéis una idea de cómo son. Una vez encontrados, destruidlos sin dilación, sin comunicarlo siquiera a los demás hasta que haya sido eliminado. ¿Comprendido?

Veinte cabezas se agitaron, en señal de afirmación.

—Bien, entonces no demoremos más la misión. Cada segundo es crucial y significa un segundo de tiempo que gene el computador para repeler nuestro ataque.

Nos separamos. Cada uno de nosotros tenía un aparato de rayos X, que podían ser captados por los cristales especiales del casco con los que nos podíamos guiar en nuestra búsqueda, y una pequeña brújula direccional conectada a los circuitos de nuestros cazas, para encontrar el camino de regreso.

Abrimos el primer boquete, por el que pasamos la mitad de los hombres, mientras los demás escogían otro lugar para comenzar la búsqueda. Tras la pared destruida había un lugar lleno de circuitos,

sin apenas espacio para caminar. Multitud de cables y extrañas conexiones se amontonaban de forma inverosímil para mí.

—¿Qué será esto, comandante? —preguntó Runau—. Quizá se trate de algo importante.

—Sí, quizá.

Apunté el láser hacia un montón de cables y disparé. Hubo un enorme chisporroteo y algunos conatos de incendio tras el impacto del potente rayo.

—Sea lo que sea —dije—, ya no sirve para nada.

Pasamos a través de numerosos pasillos, todos llenos de compleja maquinaria, separándonos donde el lugar lo requería. Finalmente, Runau y yo nos quedamos solos. Recibimos algunos mensajes sobre la destrucción de algunos puntos clave y perdimos contacto con un par de grupos, posiblemente muertos durante el avance.

* * *

Al fin, lo encontramos.

Estábamos en el lugar donde fui conducido tiempo atrás. Después de mucho caminar, llegamos hasta él. Pero esta vez era diferente a la anterior. En esta ocasión, los robots a orugas no se mostraban indiferentes a nuestra presencia sino que nos apuntaban con sus armas. Y eran demasiados como para suponer que podíamos escapar con vida.

De nuevo, los caracteres del idioma oficial terrestre llenaron una de las muchas pantallas de que estaba salpicada la gigantesca columna.

AVISO AL BIO-ORGANISMO DE MAYOR GRADUACIÓN, EL HUMANO JONATHAN WALTER: DEPONGA LAS ARMAS O SERÁ DESTRUIDO.

Miré a Runau. Él, como yo, sabía que era imposible intentar nada. Seríamos barridos mucho antes de que pudiésemos apretar el gatillo. Por eso, al unísono, sin mediar palabras entre nosotros, soltamos las armas, vencidos en apariencia.

Pero sólo en apariencia.

Runau advirtió mi mudo mensaje, el brillo de mis ojos tras el casco, y comprendió. No trató de impedirlo, aunque mi decisión significaba la muerte para ambos. Era un buen soldado.

Al mismo tiempo que saltaba el láser, conecté con disimulo el

transmisor de mi casco de combate, enviando ondas que serían captadas por las cosmonaves.

—Aunque nosotros nos rindamos —dije, seguro de que era oído por mis compañeros—, mis hombres no lo harán.

EQUIVOCADO. EN EL CÓDIGO MILITAR TERRESTRE EXISTE LA CIEGA OBEDIENCIA A UN SUPERIOR.

—Vaya —me sorprendí—, veo que estás bien enterado de todas las costumbres terrestres. ¿Cómo supiste todo eso?

IMPOSIBLE LA CONTESTACIÓN. ESTA UNIDAD SE NIEGA A DAR INFORMACIÓN TRASCENDENTAL PARA LA MISIÓN.

—¿Información trascendental? No lo entiendo.

ESTA UNIDAD DE COMBATE NO ESTA CAPACITADA PARA RESOLVER LAS DUDAS DEL BIO-ORGANISMO.

—¿Qué harán con nosotros? —preguntó Runau, siguiéndome el juego.

LOS HUMANOS DEBEN INFORMAR A SUS SEMEJANTES SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE LAS CONEXIONES PRINCIPALES DE ESTA UNIDAD, ALEGANDO LA INÚTIL NECESIDAD DE DESINTEGRAR LA NAVE.

—Vaya, muy listo para ser una maquinita —ironicé—. Así que quieres que digamos a nuestros subordinados que ya estás inutilizada por completo y que no vale la pena destruir esta enorme preciosidad, teniendo en cuenta que podemos investigarla.

AFIRMATIVO.

—Pero eso es una mentira. ¿Quién te programó para decir mentiras?

ENTRE LOS SISTEMAS DE COMBATE ASIMILADOS SE ENCUENTRA EL DE PROPORCIONAR DATOS FALSOS AL ENEMIGO.

—Tus dueños no perdieron el tiempo, ¿eh?

PREGUNTA INCOMPRENSIBLE.

NECESARIA SU REPETICIÓN Y ACLARACIÓN PARA UNA RESPUESTA ADECUADA.

—Olvídalo —dije, despectivo—. De todos modos, sigues siendo una apestosa máquina. No lo entenderías ni en cien años. Como tampoco entiendes que ni yo ni mis hombres vamos a abandonar esta misión sin acabarla.

EN ESE CASO, AMBOS SERÁN AJUSTICIADOS.

—¿Ajusticiados? —fingió asustarse el buen Runau—. No puedes hacer eso. No se puede fusilar a una persona sin un juicio previo.

NO ES NECESARIO UN JUICIO. LA CONDUCTA MENCIONADA POR EL BIO-ORGANISMO JONATHAN WALTER SÓLO PUEDE SER CASTIGADA CON LA MUERTE.

—Pero... ésa no es una opinión imparcial —sentenció el francés.

DE NADA SIRVEN LOS SUBTERFUGIOS. ESTA UNIDAD HA DICTAMINADO LA MUERTE PARA AMBOS HUMANOS SI NO OBEDECEN.

—Está bien, está bien... No hay que ponerse duros —dije—. Haremos lo que digas.

LOS BIO-ORGANISMOS YA SABEN QUÉ DEBEN HACER. NO TIENE POR QUÉ HABER UNA REPETICIÓN.

—De acuerdo —fingí abrir el canal de transmisión y hablé—. Muchachos, lo hemos logrado. Runau y yo acabamos de destruir los mecanismos principales de este montón de tuercas. Ya no funciona. Volveremos con vosotros... y no creo que sea necesario destruir esta preciosidad.

—Pero, comandante..., ¿puede decirnos qué...? —se oyó a través del auricular.

—¡No discutáis mis órdenes! —corté, o, mejor dicho, fingí cortar —. Bien, ya hicimos lo que pediste. Ahora supongo que nos dejarás marchar.

IMPOSIBLE. LOS BIO-ORGANISMOS AVISARÍAN A SUS SEMEJANTES.

—¿Entonces...?

IMPRESCINDIBLE UNA REPETICIÓN MÁS CLARA PARA LA COMPRENSIÓN DE LA PREGUNTA.

Estuve a punto de alterarme.

—Mierda... No entiendes nada. ¿Que, si no nos vas a dejar marchar..., qué demonios harás con nosotros?

PREGUNTA INNECESARIA. LOS HUMANOS HAN CUMPLIDO EL PROYECTO TRAZADO POR ESTA UNIDAD Y YA NO TIENEN UTILIDAD.

—Lo esperaba...

Y mientras decía eso, mi mano se movía con cautela hacia el cinturón de mi traje de combate, agarrando después uno de los explosivos que pendían de él. Apreté el botón rojo que lo ponía en

funcionamiento y grité:

—¡Al suelo!

Y arrojé la bomba con todas mis fuerzas, al mismo tiempo que me tiraba de cabeza hacia la salida. Algunos rayos pasaron por encima de nuestras cabezas, pero pronto pararon. Justo cuando toda la sala se llenó de un fulgor rojizo y un poderoso fragor hizo temblar las paredes.

No quise ver los resultados de mi acción. Me precipité a toda velocidad en busca de la salvación, mientras cogía la brújula electrónica que nos llevaría hasta las naves.

No sentía las piernas mientras corría y mi corazón saltaba en el pecho, alocado, como si temiera pararse para siempre.

Recorrimos todo el camino con una rapidez extraordinaria, aunque a mí me pareció una eternidad el tiempo que estuvimos huyendo. Cruzamos galerías, corredores, vastas salas repletas de maravillas cibernéticas…, siempre con el temor de encontrar la Muerte en alguna esquina. Pero, al final, llegamos junto a los cosmo-cazas.

Varios de mis hombres salieron a recibirnos.

—Lo oímos todo, señor —me dijo uno, cuyo nombre no recuerdo, pero sí su rostro preocupado—. Y supimos que escapó. Por eso esperamos su llegada. Los demás están aquí. También escucharon por radio lo que decían y supieron lo que debían hacer.

Sí, yo también sabía que ellos entenderían lo que, sin palabras, quería decirles. Por eso no dudé en hacerlo, aunque mi instinto de conservación me obligó finalmente a intentar salvar el pellejo.

Pero eso ya quedaba atrás. Debíamos darnos prisa en acabar o esa «unidad» aún tendría posibilidades de fastidiarnos la fiesta.

—¡Venga, botarates, no perdamos tiempo! —les apremié— ¡Somos soldados, no muchachitas simplonas necesitadas de cuidados! ¡Tenemos una misión!

Corrimos hacia los cazas, elevándonos en el aire minutos después, saliendo de aquel enorme hangar mediante la antigravedad, primero, y los motores fotónicos después, reuniéndonos con los que orbitaban alrededor de aquel planetoide artificial.

—No hemos sufrido ningún ataque, señor —me informaron.

—Está bien —empecé—. A mi señal, dispararemos toda la

porquería atómica que tenemos dentro. ¿De acuerdo?

—Okay —escuché en mi receptor.

Puse mi dedo en el disparador. Había esperado aquel momento desde mucho tiempo atrás: ver destruida la causa de tantas muertes y terrores se convirtió para mí en una obsesión desde el primer día. Y ahora, lo veía cumplido.

—¡Fuego!

Cientos de proyectiles atómicos dejaron su estela luminosa en el espacio, dirigiéndose veloces hacia la enorme y metálica estructura que era su objetivo, su meta.

Nosotros no pudimos quedarnos para contemplar el espectáculo, pues la furia desatada de los átomos nos habría volatilizado a nosotros también. Por eso tuvimos que alejarnos a toda velocidad. Pero vimos desde lejos como, durante un segundo, aquel sector del espacio se iluminaba con una luz vivísima, que disipó por escasos instantes la oscuridad de los cielos e hizo palidecer las estrellas. También aquella luz alumbraba la tenebrosa oscuridad que rodeó a la Humanidad durante tanto tiempo.

Pero yo no pude evitar una exclamación de asombro, ni impedir que los temores volvieran a mí. No me di cuenta antes, pero algo quedó grabado en clave en la pantalla de comunicación. Algo que también quedaría impreso como en letras de fuego en mi mente.

MENSAJE PARA LOS HUMANOS TERRESTRES:

LA DESTRUCCIÓN DE ESTA UNIDAD ES INEVITABLE DEBIDO A LOS ERRORES COMETIDOS EN LOS CÁLCULOS. PERO LA ELIMINACIÓN DEL GÉNERO HUMANO SOBRE EL PLANETA NOMINADO TIERRA ES INMINENTE. QUE ESTA UNIDAD DESAPAREZCA NO SIGNIFICA QUE LA MISIÓN ENCOMENDADA NO DEBA CUMPLIRSE.

CAPÍTULO VI

—Todo ha terminado —sentenció Jean, mirándome amorosa—. ¿Por qué sigues preocupado?

Tardé algún rato en contestar, intentando ordenar mis pensamientos, tener una respuesta clara no sólo para ella, sino para mí mismo.

—No sabría decírtelo, amor mío —respondí—. Es un temor, una extraña sensación que no me abandona. Como... como si el peligro no se hubiese marchado y estuviera muy cerca.

—No pienses más en ello —me aconsejó—. El recuerdo sólo te hará daño. Yo también procuro olvidar todo lo que sucedió y pensar que fue una pesadilla de la que, por fortuna, ya despertamos.

—Una pesadilla... Sí, quizá fue sólo eso. Pero es tan difícil...

—Lo sé, cariño. Te juro que lo sé. Los dos sabemos que fue una realidad. Una espantosa y estremecedora realidad. Y eso lo hace todo más difícil. Pero lo olvidaremos... Estoy segura de que lo olvidaremos.

* * *

Yo, por lo menos, lo olvidé.

Mis temores, a medida que pasaba el tiempo, iban desapareciendo, disolviéndose como simple azúcar en un mar de tranquilidad. Las preocupaciones y obligaciones de mi cargo como comandante en jefe de una Base Orbital en torno a la Tierra, que se me concedió meses después de aquella aventura, y la felicidad que me proporcionaba mi prometida Jean Darrel, ex capitán del ejército, pues prefería, después de lo sucedido, una vida tranquila y apacible, me ayudaron mucho.

Jean dejó de vestir uniforme militar poco después de que terminase el peligro al que la humanidad se vio sometida. Prefería la tranquilidad y felicidad en la Tierra, como cualquier mujer. Por

eso dejó el ejército y me pidió repetidas veces que hiciera lo mismo, que podía conseguir con facilidad un empleo más remunerado y sencillo en cualquier agencia de transportes, como piloto comercial, por ejemplo. Pero yo seguía prefiriendo la vida castrense, el negro cielo y las hermosas estrellas.

Por ese motivo la veía poco. Ella vivía en una pequeña casa, sita en una urbanización, en plena naturaleza, dedicándose casi por completo a escribir un libro sobre lo que ella más conocía: los cosmo-cazas. Yo, en cambio, pasaba largos meses dentro de una plataforma espacial destinada, en principio, a abastecer de combustible y pertrechos de repuesto a las naves que lo necesitasen, y dar cobijo a sus pilotos. También era utilizada para la investigación científica y, naturalmente, poseía gran cantidad de armamento bélico destinado a las astronaves militares que pasasen por la Base.

Yo, cada seis meses, tenía un permiso y acudía a visitarla. Pero, para hacer más frecuentes nuestros encuentros, ella venía de vez en cuando a la estación, donde se permitían las visitas con estancia limitada, en espera de que llegase el momento de nuestra boda, que se hallaba muy cercana y en la que le prometí dejar el ejército.

Fue precisamente durante la última de esas visitas, faltando dos meses escasos para casarnos cuando ocurrió. Nadie sospechó que aquello pudiera pasar. Y yo menos.

* * *

La calma reinaba en el interior del puesto de mando, donde estábamos la mayor parte del personal de la Base en servicio. Todo funcionaba con absoluta normalidad, tal como estaba mandado. Momentos antes estuve con Jean, hablando de nuestras cosas íntimas, pero el deber me llamó y nos separó. Ella debía estar en su estancia, descansando, pues, según el horario terrestre, ya era de noche.

De pronto, una luz centelleó con angustia en el tablero de uno de mis hombres. Su significado no era oculto para mí. Enseguida me dirigí hacia la consola en la que la luz resplandecía.

Si alguien hubiese visto a aquel hombre en ese instante se preguntaría cuál podía ser la razón de que su ceño estuviese fruncido y por qué la preocupación ponía un velo de inquietud en su rostro. Yo sabía, más o menos, que aquella luz significaba algo

malo en la zona de motores. Pero, para mayor seguridad, esperé su informe.

—Señor... No lo entiendo... Los motores de traslación... están funcionando sin orden previa —dijo, pálido.

—¿No puede ser una avería en sus mandos? —quise saber, buscando una explicación a lo acontecido.

—No, señor. Si existiese alguna avería, los computadores la señalarían —me respondió otro de los técnicos.

No hubo ningún otro comentario. Estaba claro, pues, lo que pasaba.

—Pregunte a los computadores qué demonios pasa —ordené—. Usted, establezca el rumbo que llevamos. Tres técnicos me acompañarán hasta el sector de motores en busca de la avería.

Tres hombres expertos en esos menesteres que ahora me preocupaban se reunieron conmigo. Nos pusimos los cascos de vacío, pues en aquel sector no había aire por ser innecesario, y nos dirigimos, silenciosos y taciturnos, al puesto central de motores para buscar el posible fallo. Porque, si no era una avería..., ¿qué podía ser?

Había luz en aquel lugar. Una luz que no debiera existir, pues aquella zona siempre estaba a oscuras. Pero lo cierto era que aquella iluminación existía, como una prueba tangible de que la avería en los motores no era casual. Y allí, a contraluz, tres figuras altas, robustas y corpulentas, vestidas con trajes de vacío semejantes a los que llevábamos los tres hombres que me seguían y yo, y que mirábamos, con ojos estupefactos, a las figuras amenazadoras que se hallaban frente a nosotros.

Los tres hombres que se hallaban en aquel sector no hablaron en ningún momento. A decir verdad, ni siquiera intentaron comunicarse con nosotros, sus sorprendidos observadores. Todo lo que hicieron, antes incluso de que llegásemos a pensar algo, fue llevar sus diestras a las caderas, de las que pendan unas mortíferas pistolas que, al instante, escupieron letales rayos láser.

Apenas tuvimos tiempo de esquivarlos... Tal fue la rapidez con que nos atacaron. Pero sólo uno de tales rayos de muerte estuvo dirigido con efectiva puntería.

Uno de los hombres que me acompañaban se dobló con estremecedora angustia y un grito cortó el aire con toda su patética

realidad. La guadaña de la Parca segó una vida, teniendo como brazo ejecutor a las tres figuras humanas que seguían de pie, en el mismo sitio en el que estaban antes de la trágica muerte. Sólo aquellas pistolas y el hecho de que sus brazos diestros estaban adelantados hacia el lugar que ocupábamos hacían olvidar su anterior postura.

El cuerpo semi-carbonizado del técnico muerto cayó a tierra. De su traje de vacío agujereado seguía saliendo el aire que antes albergaba en su interior hermético, y que comenzó a escapar en el momento en que el rayo láser taladró el tejido y pecho del hombre, congelándose, a continuación, por el frío eterno del espacio.

De los cañones de sus pistolas partió de nuevo una salva de rayos dirigidos hacia nosotros que, ya recuperados por la sorpresa inicial originada por el inesperado ataque, y perdido el factor sorpresa de los atacantes, pudimos esquivar. Tres cuerpos rodaron por tierra, pero no fulminados por los rayos, sino por propia voluntad, en un intento desesperado de burlar la segunda acometida de muerte.

De nuevo hubo un brevísimo alto en los disparos de nuestros atacantes. Un alto que me hizo pensar en la posibilidad de que aquellas figuras fueran robots en vez de hombres, cosa que me dio un escalofrío, pero que también me proporcionó el tiempo suficiente para coger mi propia pistola láser y disparar contra uno de los asesinos. El arma demostró todo su espeluznante poder al abrasar en parte el traje de vacío de una de las figuras pero, pese a todo, el atacante no cayó carbonizado como era de esperar. En efecto, el torso del hombre alcanzado por el rayo estaba carbonizado y, en buena lógica, aquel hombre debería estar muerto pero... ¡continuaba en pie como si no pasara nada!

Mi sorpresa aumentó tanto como mi horror al contemplar cómo el arma que empuñaba aquel hombre se volvía hacia mí, amenazadora. Volví a apretar el gatillo de mi arma y un nuevo rayo láser destrozó el casco del hombre que me apuntaba. Su rostro estaba abrasado, pero continuó en pie, inmutable y, al parecer, inmortal. La pistola siguió apuntándome con la misma estremecedora seguridad de momentos antes.

De nuevo, los cañones de las pistolas atacantes vomitaron muerte y alcanzaron a otro de mis hombres. Otro hombre murió por

alguna desconocida razón, por un oculto motivo que no acertaba a adivinar. El rayo dirigido hacia mí se estrelló contra la pared, al saltar yo del sitio donde me encontraba. De mi arma brotó un nuevo rayo que perforó por completo el estómago de otro de los silenciosos asesinos, obteniendo un desconsolador fracaso. El último de mis hombres que quedaba con vida, también replicó al ataque de que fue objeto, consiguiendo los mismos resultados que yo, pero su respuesta se vio bruscamente interrumpida por un rayo que le carbonizó la cara. Su muerte fue menos dolorosa que la de los que le precedieron.

Me encontré sólo de repente. Todos los demás habían caído bajo el demoledor ataque de aquellos seres. Sólo la sangre fría me permitió vivir hasta aquel momento. Si en algún momento la perdía, era hombre muerto.

Los ojos de aquellos seres invulnerables carecían por completo de emociones, y sus facciones estaban rígidas como las de los muertos. Aquellos tres pares de ojos me observaban sin revelar sentimiento alguno. Las pistolas láser me volvieron a apuntar.

Lentamente retrocedí hacia la salida, disparando mi pistola sin parar. Tenía la esperanza de poder frenar sus movimientos, si no conseguía pararles por completo. Al salir de allí, comencé a correr como alma que lleva el diablo, pero procurando que el miedo no enturbiase mis pensamientos.

Al doblar una esquina, me paré y aguardé, tenso, el momento en que mis misteriosos y torvos enemigos se pusiesen a tiro. Mi corazón palpitaba con fuerza a medida que transcurrían, lentos e inexorables, los segundos. Procuraba respirar con lentitud para evitar el jadear. Mi rostro, debajo del casco, estaba lleno de sudor y, por mucho que lo intentaba, no podía evitar cierto temor hacia aquellos seres aparentemente invencibles.

Oí un ruido familiar. Las pisadas eran inconfundibles por su lentitud. Recordaban las producidas por… un robot, o algo parecido. Mi corazón dio un vuelco al pensar en ello. No quería que mi imaginación me jugara malas pasadas pero, después de todo lo vivido, temí que mis sospechas fueran realidad.

Los pasos se notaban cada vez más cerca y la lentitud con que eran efectuados ponían mis nervios de punta. En ese momento me percaté de que allí tampoco había aire.

Ya estaban extremadamente cerca. Si no salía entonces, no podría hacerlo nunca. Colocando la diestra armada sobre el brazo izquierdo para mejorar la puntería salí al otro lado de la esquina.

Mis perseguidores caminaban con torpeza y se balanceaban de un lado a otro como patos en tierra. Era como si tuviera dificultades para controlar su propio cuerpo y se mantuviesen en pie por puro milagro.

Las heridas que les causé con los rayos láser eran claramente visibles y espantosamente ciertas, pero no parecían haber causado mella en ellos.

Apreté el gatillo del arma y el rayo alcanzó a uno en el pecho. Su tórax se ennegreció por completo y aquel ser, en apariencia humano, cayó al suelo por la fuerza del impacto. Pero enseguida volvió a levantarse.

Efectué varios disparos más para distraerles y seguí mi frenética carrera a través de corredores y pasillos. No podía comunicarme con nadie, pues el transmisor lo llevaba uno de los hombres que me acompañaron. En esas circunstancias sabía que no tenía ninguna oportunidad contra ellos, pero intentaba apartar de mí esa convicción derrotista y quería convencerme de que saldría bien de la aventura.

Corrí y corrí sin parar, hasta que la brillante puerta de un ascensor antigravitatorio me cerró el paso. Miré hacia atrás. Los había perdido de vista, pero sabía que, tarde o temprano, darían conmigo.

Vendería cara mi vida.

Miré el contador de oxígeno de mi muñeca y me di cuenta de que estaba gastando demasiado con las carreras y mi respiración agitada. Volvía controlar mis aspiraciones y observé en una pantalla, cerca de la puerta que me cerraba el paso: «Presión cero». Todavía no podía quitarme el casco y el calor que sentía era agobiante.

Apreté el botón de llamada del ascensor y esperé, impaciente. Aguardé durante un minuto y no llegaba. Me inquieté. Normalmente tardaba algunos segundos en bajar.

De repente, las puertas se abrieron y dejaron ver una figura de mujer, armoniosa y bella, de espesa cabellera negra y curvas desafiantes, casi felinas. No cabe duda de que en cualquier otro

momento aquella mujer podría haberme vuelto loco pero, al ver la frialdad de su mirada, el helado destello de aquellos ojos sin voluntad, no pude evitar un ronco jadeo de terror al mismo tiempo que de mi pistola láser partía un destello luminoso que abrazó los agresivos pechos de la mujer la cual, pese a la ausencia de aire, no llevaba traje de vacío.

No pareció inmutarse por el disparo y continuó en pie frente a la puerta del ascensor. Su mano fue a su propia pistola, que pendía de un ancho cinturón.

Repetí el disparo pero, esta vez, el objetivo no era el busto abrasado instantes antes, sino la pistola que estaba empuñando. El arma estalló entre sus manos. Esta saltó en pedazos, quedando manca, al mismo tiempo que desarmada. Sin embargo, no por eso parecía indefensa. Alzó su única mano con el claro propósito de estrangularme, pero fue excesivamente lenta y pude escapar, corriendo de nuevo en dirección contraria. No pude llegar muy lejos, pues me topé de frente con mis perseguidores. Soltando una dura imprecación, disparé al pie derecho de uno de ellos, carbonizándoselo. El alcanzado cayó pesadamente, haciendo tropezar a otro del trío, que se derrumbó también.

Quise carbonizar el pie del tercero, en vista del éxito obtenido, pero fallé y di en el suelo, abriendo un agujero de tamaño considerable que hizo perder el equilibrio al tercer monstruo, al meter el pie en él.

Salté por encima de ellos con rapidez y seguí corriendo por el pasillo, regresando al sector de motores. Por lo menos, podría pedir ayuda con el transmisor. Allí continuaban los cadáveres de los técnicos que me acompañaron para encontrar la muerte.

Me oculté tras una gran caja de metal, que yo sabía que ocultaba ciertas conexiones de circuito eléctrico de alta tensión. Desde allí, esperé la llegada de los monstruos que me perseguían.

No tardaron mucho en aparecer los cuatro. Nada más atravesar la puerta disparé al que se hallaba más cerca, convirtiéndole el brazo en polvo. Al mismo tiempo buscaba con la mirada el transmisor sin hallarlo.

Un segundo disparo acertó en el pecho al mismo de antes, haciéndole caer torpemente. Otro de los asesinos aprovechó para dispararme. El destello luminoso no me acertó por milímetros.

Alcé la pistola láser y disparé a un grueso cable que pasaba por encima de ellos. El cable de alta tensión cayó inexorable sobre la estancia, y quiso el destino que atrapase en su camino a la figura monstruosa que momentos antes me disparó. Dio en su espalda y un fogonazo azul lo iluminó todo. En su centro, y atrapado por la fabulosa cantidad de energía, suficiente para mover a grandes velocidades la plataforma orbital, estaba el ser, aparentemente indestructible, que me intentó matar.

Cuando el resplandor desapareció, en el lugar donde instantes antes había un cuerpo humano sólo quedaba un montón de cenizas dispersas, prueba de la escalofriante potencia energética de los motores que aquellos seres intentaron sabotear.

Como si la muerte de su compañero les hubiese enfurecido, los demás se dirigieron todo lo aprisa que pudieron hacia mi escondite. El que dejé cojo de un disparo, apretó el gatillo de su arma, apuntándome, pero su cojera le desequilibró y disparó alto.

Pese a lo malo de la situación me hallaba contento de saber que podía salir con vida de aquel apuro. Con movimientos grotescos y las armas en mano, se acercaron cada vez más, mientras la mujer se quedaba en la puerta. Sus intenciones eran evidentes. No querían ser parados por un simple humano.

Retrocedí del lugar que me servía de parapeto. Si quería seguir con vida, debía hacerlo. Llegaron, al fin, frente a la caja que me protegía de sus disparos. Sus estaturas rebasaban con mucho la de la caja, como yo mismo.

Desde el otro lado, me apuntaron. Les apunté a mi vez. Ellos tenían todas las ventajas, pues eran dos y si disparaba a uno, el otro aprovecharía la ocasión, y, aún en el supuesto de que fuese lo bastante rápido para dar a los dos, continuaría en peligro. Tenía que acabar con ellos así que, jugándolo todo a una carta, disparé. Pero el rayo láser no iba dirigido hacia las dos figuras que, amenazadoras, me apuntaban, sino a la envoltura metálica que protegía unas conexiones eléctricas demasiado peligrosas para estar al descubierto.

Al golpear el destello contra la caja, una violenta explosión sin sonido, pues en el vacío no lo hay, hizo palidecer la luz allí reinante. Todo vibró, enloquecido por la fuerza desencadenada.

Caí al suelo por la onda expansiva y, desde allí, contemplé el

singular espectáculo que tenía lugar delante mío. Cientos de fragmentos de metal salían disparados en todas direcciones con una velocidad espantosa, destrozando todo cuanto hallaban a su paso.

Segundos después, de mis presuntos asesinos no quedaba ni rastro. Sólo un montón de cenizas dejaba claro que existieron alguna vez.

Me levanté. Por fortuna, mi traje no sufrió ningún desgarrón por la metralla. Pero me lastimé el hombro al caer y me dolía bastante.

Agarrándome el brazo dolorido, y cogiendo a la vez la pistola láser, me dirigí a la puerta. No pude culminar mi acción. Enfrente mismo de ella estaba la mujer, el único enemigo que quedaba.

Adiviné que era la mujer no por las curvas que le vi, sino porque todos los demás estaban convertidos en cenizas. Y digo que no fue por las curvas porque sencillamente habían dejado de existir, siendo sustituidas por infinidad de cortes profundísimos de los que brotaban raudales de sangre. Lo que tenía delante era un monstruo, una piltrafa que en nada se parecía a la mujer que fue una vez.

Aquella visión era capaz de aterrorizar a cualquiera y yo no fui una excepción. Dominando mi repugnancia, descargué un seco puñetazo con todas mis fuerzas, logrando hacerle tambalear, pese a que su cara me pareció de granito.

Aprovechando la ocasión, apunté mi arma contra ella y disparé. Disparé una y otra vez sobre su cuerpo destrozado que, poco a poco y con cada disparo, se fue ennegreciendo hasta que cayó, convertida en una estatua de cartón.

Resoplé, más tranquilo. Y, por primera vez desde que aquello empezó, me pregunté:

—¿Cómo... cómo es posible?

Lo único que sabía era que, de repente, cuatro tripulantes intentaron sabotear los motores de la plataforma y mataron a mis acompañantes, convirtiéndose en algo cuya naturaleza no entendía.

Me acerqué a los técnicos que me acompañaron para arreglar la avería y que se tropezaron con la Muerte, una muerte extraña, sin motivo aparente que la moviese, salvo el puro placer de destruir, sin ser destruida. Miré entre los restos, esperando encontrar el transmisor de radio. No lo hallé, cosa que me sumió en mil temores.

Alguien entró en aquel sector mientras yo era perseguido. Alguien que no intentó ayudarme y se apoderó del transmisor para

que no pudiese pedir ayuda. Sus sentimientos hacia mí estaban claros.

Sumergido en este mar de pensamientos, me introduje en el ascensor antigravitatorio y, tras pulsar el botón de mi destino, esperé que se abrieran las puertas. Pero, lo que había tras ellas, me llenó de súbito terror… y desconcierto.

—Jean… —reconocí a mi amada—. ¿Qué es esto? ¿Una broma?

Jean sonrió y me miró, burlona. En su mano brillaba, bajo la acción de las luces del pasillo, una pistola láser, que me apuntaba directamente al pecho con su mortífero cañón.

No entendía nada. Nada en absoluto. Esperaba que ella lo aclarase todo, que di era de qué se trataba, exactamente de una broma. Pero su respuesta me dejó atónito.

—No, comandante Walter —contestó—. No es una broma. Es sólo… la verdad. La auténtica realidad.

—¿Verdad? —me sentí más confundido que nunca—. ¿Qué verdad?

—Antes de nada, arroje lejos de sí ese maldito chisme —se refirió al láser que pendía de mi cintura—. Y no intente nada contra mí. Puedo predecir sus intenciones con las décimas de segundo suficientes como para que mi dedo le haga mucho daño.

Cogí el láser con dos dedos y lo tiré a un lado.

—Fuiste tú.

—¿Qué…? —pareció sorprendida, como si no entendiese. Me recordó cierta computadora cuando se le hacía alguna pregunta «no computable».

—Sí, tú cogiste el transmisor, ¿no es cierto?

—Exacto, comandante. Yo le impedí comunicarse con los demás con mi pequeña travesura.

—Sigo sin entender nada, por mucho que me esfuerzo —mentí, para ganar tiempo, pues ya sabía lo que ocurría. Y mis temores se vieron confirmados por sus palabras.

—¿De veras no lo comprende, comandante? Vaya —se burló—. El bravo salvador de la Humanidad, que supo engañar a una máquina y destruirla, no entiende lo que pasa. ¿No se da cuenta de que esa computadora previó todas las posibilidades para conseguir su objetivo y actuó de acuerdo a su programación, pero con un plan de reserva?

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no soy su amorcito, comandante. Físicamente, sí, sigo siendo su encantadora prometida. Pero mi mente es diferente. Yo controlo esta mísera envoltura humana para servir a mis fines.

—Explícalo mejor.

—Soy una unidad independiente, una computadora miniaturizada implantada en Jean Darrel, fusionada, unida a los sistemas de neuronas de su prometida, que la controla temporalmente. ¿El fin? El mismo que el de la unidad de combate nakkosita.

Ya estaba todo claro, muy claro.

Seguramente, durante nuestra estancia en el planetoide metálico, en algún momento de descuido, como en el ataque en que perecieron todos mis hombres, le fue implantada a Jean una pequeña unidad computarizada para llevar a cabo alguna misión de importancia, en caso de fallar el plan principal. De repente, recordé la gran cantidad de armas atómicas que albergaba la estación y comprendí.

Sonreí.

—¿De veras pensabas —dije— poder precipitar todo el poder nuclear que hay aquí sobre la Tierra? No lo conseguirías nunca.

—Te equivocas.

Tenía razón. Me equivocaba. Sí, podía lograrlo, pero aquello sólo era un truco para apartar su atención de alguna posible huida.

Y surtió efecto. Durante un momento su atención se centró en la explicación que yo debía darle sobre mi comentario. Y aproveché ese momento.

CAPÍTULO VII

Mi pierna derecha se disparó, cruel y veloz, como un látigo, golpeando duramente mi pie el mentón de mi prometida, que reculó, alcanzada por el salvaje impacto. Sin esperar más, me lancé de cabeza al ascensor y pulsé un botón cualquiera de su tablero, mientras el arma láser de Jean se disparaba, buscando con desesperación mi cuerpo.

Las puertas, que ya se cerraban, resultaron casi totalmente destrozadas por la increíble potencia de los rayos. Pero ninguno de ellos me alcanzó, por fortuna, pues me tendí en el suelo, esperando, con ello, eludir los disparos.

Instantes después, estaba en otro lugar, frente a otro pasillo, muy cercano al Centro Médico, al que me dirigí con rapidez. Abrí la puerta. Dentro estaba el doctor McGregor, redactando un informe sobre algún paciente.

—¿Le ocurre algo, comandante? —me preguntó preocupado.

Me quité el casco de vacío y sonreía duras penas.

—En absoluto, doctor —mentí con frialdad—. Pero necesito algo con suma urgencia.

—Usted dirá —se ofreció, solícito. Y se lo dije.

* * *

Jean estaba en el sector de motores, pero no en el puesto central, sino cerca del mismísimo acumulador de energía de uno de ellos, en un intento casi desesperado de conseguir su propósito. Bueno, el propósito de la computadora que la dominaba.

Manipulaba con increíble facilidad los numerosos controles manuales, como si hubiese nacido entre ellos y todo le resultara familiar.

Me acerqué con cautela, como una pantera al acecho, procurando no advertirla de mi presencia. Vestía su traje de

supervivencia.

—Te dije que no lo conseguirías —la sobresalté. Se giró con celeridad, empuñando el láser, presta para dispararlo.

No la dejé. Me encontraba demasiado cerca suyo como para que lo consiguiese.

Golpeé su mano armada con el canto de la mía, obligándola a soltar la empuñadura de su pistola. Décimas de segundo después, la tenía yo.

—¿Lo ves? —me burlé—. No lo has conseguido. Pero yo sí.

La apunté con mi arma, un arma que ni ella ni la computadora que la dirigía podía reconocer, pues jamás antes la vieron: un reciente modelo de pistola hipodérmica.

—No serás capaz de disparar —me desafió casi—. Existe algo llamado amor a lo que vosotros, los lastimosos humanos, estáis muy apegados. Jamás podrás hacerlo.

—¿Apostamos? —pregunté.

Y disparé. Mi dedo se cerró en torno al gatillo, poniendo en funcionamiento sus circuitos. Algo salió disparado del arma, atravesando el traje de vacío de mi prometida, clavándose después en su carne.

—¿Jo... Jonathan? —se asustó, como si volviera en sí. Y, por un momento, supe que el control al que sometieron a mi prometida no era tan férreo como pensé.

Con el temor reflejado en sus ojos, miró la pequeña asta de plástico que asomaba por su traje de vacío, impidiendo que escapase el aire por el agujero abierto. Después, se desplomó a mis pies.

* * *

—¿Ya acabó todo? —preguntó Jean, mirándome con tristeza desde su cama en el Centro Médico, tras la intervención quirúrgica que tuvo lugar dos días antes.

—Sí, todo terminó, Jean, amor mío —sonreí—. La Muerte de metal perdió la guerra. La Humanidad venció, por fin.

Saqué un pequeño objeto de uno de mis bolsillos. Jean lo miró. Era un pequeño disco de metal, con hilos finísimos de algún material flexible saliendo de su brillante superficie.

—¿Sabes qué es esto?

—No, ¿qué es?

—La última arma empleada por nuestro cibernético enemigo. El instrumento de una estupidez humana para exterminar a la misma Humanidad.

—¿Eso fue lo que me ordenaba hacer… todas aquellas cosas?

—Sí, el doctor McGregor te lo extirpó. Estaba prácticamente soldado a la zona occipital de tu cráneo, mandando señales por estos pequeños cables hasta tus neuronas, controlando tus actos. Los otros que me atacaron tenían restos de aparatos similares.

—Oh, Jonathan… —estuvo a punto de llorar—. Cuando pienso que estuve a punto de matarte…

—Por fortuna, el sedante que te apliqué lo impidió —sonreí.

—Abrázame…

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Lo necesito, amor mío. Por favor…

No me lo hice repetir. Pero antes, estrellé el diabólico ingenio electrónico que tenía en mi mano contra la pared, destrozándolo con el choque.

Todo, por fin, había terminado. La Humanidad estaba salvada.

FIN